

ESPIRITUALIDAD DE LA SOLIDARIDAD

ÍNDICE

1. Introducción.

- 1.1. Una palabra en descrédito.

2. ¿Qué es la espiritualidad?

- 2.1. Aproximándonos desde la Sagrada Escritura.
- 2.2. Re-descubriendo la dimensión espiritual.
- 2.3. Espíritu y espiritualidad.
- 2.4. La Espiritualidad Cristiana: el seguimiento de Jesús.
 - 2.4.1 Animados(as) por el Espíritu de Jesús.
 - 2.4.2. Una sola espiritualidad cristiana.

3. ¿Qué es la Espiritualidad de la Solidaridad?

- 3.1. “Entrar y contemplar el corazón de Dios”.
- 3.2. “Felices los pobres, porque de ellos es el Reino de Dios”.

4. Los fundamentos de la Espiritualidad de la Solidaridad.

- 4.1. Creados a imagen y semejanza de Dios.
- 4.2. Hueso de mis huesos, carne de mi carne.
- 4.3. En la encarnación Dios se hace “uno de nosotros”.

5. La Iglesia nos anima a la vivencia de la solidaridad. Breve mirada desde el Vaticano II hasta nuestros días.

- 5.1. El aporte del Concilio Vaticano II.
- 5.2. Pablo VI y “El Desarrollo de los Pueblos”.
 - 5.2.1 Populorum progressio.
 - 5.2.2. Octogesima Adveniens.
- 5.3. Juan Pablo II y la entrega por el bien del prójimo: *servir en vez de oprimir*.
 - 5.3.1. Sollicitudo rei socialis.
 - 5.3.2. Laborem exercens.
 - 5.3.3. Centesimus Annus.
- 5.4. Benedicto XVI: *Hemos creído en el amor de Dios*.
 - 5.4.1. Deus est caritas.
- 5.5. “Para que nuestros pueblos tengan vida”. Solidaridad en el Magisterio Latinoamericano.
 - 5.5.1. Río de Janeiro. *Urge la labor social*.
 - 5.5.2. Medellín. *Purificarse en el Espíritu del Evangelio*.
 - 5.5.3. Puebla. *Una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres*.
 - 5.5.4. Santo Domingo. *Iglesia, portadora de la vida y la esperanza*.
 - 5.5.5. A modo de síntesis. *“Para conocer a Dios es necesario conocer al hombre”*.

6. Aparecida y la Espiritualidad de la Solidaridad.

- 6.1. Una espiritualidad de discípulos misioneros.

- 6.2. La misión de los discípulos al servicio de la Vida Plena.
- 6.3. Reino de Dios y promoción de la dignidad humana.

7. Testimonios y experiencias de espiritualidad solidaria.

- 7.1. Madre Teresa de Calcuta. “El fruto de la fe es el amor. Y el fruto del amor es el servicio al prójimo”.
- 7.2. Clotario Blest Riffo. “Ahí está mi maestro”.
- 7.3. Obispo Enrique Alvear. “Cristo me ha enviado a evangelizar a los pobres”.
- 7.4. San Alberto Hurtado, “Porque el pobre es Cristo”.
- 7.5. Raúl, Cardenal, Silva Henríquez. “La caridad de Cristo nos urge”.

8. ¿Cómo vivir la espiritualidad de la solidaridad hoy?

- 8.1. Entrar en la persona de Jesús.
- 8.2. Dejarse animar por la Iglesia. Espiritualidad y DSI.
- 8.3. Lectura creyente de la realidad.
- 8.4. *En-redándonos* con otros y otras.
- 8.3. “Vete y haz tú lo mismo”.

1. Introducción.

“Poco después de que muriera el Rabino Mokshe, preguntó a uno de sus discípulos de éste el rabino Mendel de Kotyk: «¿Qué era a lo que tu maestro concedía mayor importancia?»

El discípulo, tras reflexionar durante unos momentos, respondió: «A lo que estuviera haciendo en ese momento».

Anthony de Mello, “La oración de la Rana” (I).

1.1. Una palabra en descrédito.

Partimos de la convicción de que la vida espiritual es la totalidad de una vida, en cada momento o circunstancia, en la medida en que es motivada y determinada por el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús. Cuanto más seamos motivados por ese Espíritu en todo lo que hagamos, tanto más podremos decir que tenemos una vida espiritual.

Sin embargo, pareciera que las divisiones que se establecen entre el mundo de la fe y de la vida, de lo racional y lo emocional, etc., se extienden también al ámbito espiritual de la persona, como una dimensión que poco o nada tiene que ver con lo material o corporal. Este módulo quiere ser una invitación para ir comprendiendo, a lo largo de sus capítulos, que lo espiritual –o la espiritualidad- no es un compartimento de la vida que puede ser separado de los otros compartimientos, como la vida física (salud), la vida social (deporte, hobbies, diversiones), la vida intelectual (estudio), la vida profesional, de compromiso social o político, etc., y que esa dimensión espiritual hunde sus raíces en la naturaleza misma de la persona y tiene un poder de transformación social.

De todas formas, se trata de una propuesta contraria a lo que piensan muchas personas. Por eso, hablar hoy de espiritualidad no resulta sencillo. La misma palabra ha caído en el descrédito.

No sólo se la ha puesto en una “pieza aparte” de la vida humana, sino que se la asocia con algo alejado de la vida real, como un espiritualismo desencarnado, como huida de los problemas reales de la vida cotidiana. Algo de este problema traslucen las palabras del papa Benedicto XVI en Aparecida, cuando, respecto de la fe, señala lúcidamente lo que se oye en la cultura: “¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?”¹. La respuesta del Papa es ciertamente no², sin embargo, en

¹ Documento de Aparecida (en adelante DA), Discurso Inaugural, 3. El destacado es nuestro.

no pocos ambientes, la espiritualidad sigue considerándose como vivir “sin los pies en la tierra”.

Hay en la cultura occidental, una comprensión extendida de los conceptos de “espíritu” y “espiritualidad”, su derivado, que hemos heredado de la cultura griega. Comúnmente se los ve como realidades que se oponen a la materia. Los “espíritus” son seres inmateriales, sin cuerpo, distintos de nosotros. En ese sentido, sería espiritual lo que no es material, lo que no tiene cuerpo. Consecuentemente, se tiene por personas “espirituales” a aquellas que viven sin preocuparse de lo material, ni siquiera de su propio cuerpo, tratando de vivir únicamente de realidades –erróneamente- entendidas como “espirituales”. En esta concepción, para tener una vida espiritual es necesario luchar contra nuestra naturaleza humana. Esta es la filosofía de los estoicos³ y de muchos pensadores griegos, pero no de la tradición cristiana.

Hoy, casi todo lo que puede llamarse “cultura occidental” está como infectado de este concepto griego de lo espiritual, que divide en vez de unificar. Tal vez fruto de este falso concepto, es que muchas personas huyan de propuestas de espiritualidad pensando que son una pérdida de tiempo y que con ellas sólo lograrán descuidar las cosas importantes de la vida “aquí y ahora”.

A lo largo del módulo, nos proponemos ofrecer una visión integrada de la única espiritualidad de Cristo y de su rostro más genuino: la solidaridad.

² “Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo,... Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios. Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de “realidad” y, en consecuencia, sólo puede terminar en caminos equivocados y con recetas destructivas”. *Ibid.*

³ El ideal estoico considera al cuerpo como cárcel del alma, y a ésta como el elemento superior de la persona. Propone entonces un sometimiento del cuerpo en función del alma, evitando todo tipo de placer.

2. ¿Qué es la espiritualidad?

2.1. Aproximándonos desde la Sagrada Escritura.

“Les daré un corazón nuevo, y pondré en ustedes un espíritu nuevo” (Ez 36,26).

La cultura donde se enraíza la tradición bíblica -y con ella la de la Iglesia- no divide a la persona humana en una parte espiritual y otra material por lo menos. La Sagrada Escritura nos muestra una visión integrada de la persona, en la que **“el hombre es unidad** psicosomática trascendental, cuerpo animado espiritual y/o alma encarnada y espiritual”⁴.

En hebreo, la palabra espíritu, *ruah*, significa viento (Gn 3,8), aliento, respiración (Gn 41,8). El espíritu es, como el viento, ligero, potente, arrollador, impredecible. Es, como el aliento, el viento corporal que hace que respiremos y podamos seguir con vida. Pero, no se trata de otra vida, sino de lo mejor de la vida, de aquello que nos da vigor, nos sostiene, nos impulsa y por último, nos abre a la trascendencia (Is 11,2; 1 Sam 10,10; 16,13; Nm 14,2). En esta tradición, espíritu no se opone a materia, ni a cuerpo, sino a maldad (destrucción y error -1 Jn 4,6-); se opone a carne, en el sentido de la fragilidad, de lo que está destinado a la muerte, y se opone a la ley (la imposición, el miedo, el castigo -Ga 5,18; 3,2-3; en otros lugares como el “espíritu de esclavitud” Rm 8,14-)⁵.

Por lo tanto, para nosotros cristianos, espíritu significa vida, construcción, fuerza, acción, libertad. Algo que está dentro de nosotros dándonos vida, haciéndonos ser lo que somos, llenándonos de fuerza y lanzándonos al crecimiento y a la creatividad en un ímpetu de libertad. **Se trata de una vida que se construye desde el ámbito más profundo de la persona y según el querer de Dios.** De modo que, lo opuesto a la vida espiritual no es la vida material, sino una vida mundana, estrecha, cerrada a la trascendencia.

2.2. Re-descubriendo la dimensión espiritual.

“No se conformen con este mundo” (Rm 12,2).

Todo ser humano que empieza a vivir, va descubriendo poco a poco un triple sentido de relaciones: lo que está encima de él, lo que está a su alrededor, y lo que está dentro de él.

⁴ Antropología Cristiana I. Módulo del Plan de Formación para laicos de la Arquidiócesis de Santiago, p.34. <Basar, nefes, ruah, no remiten a partes o aspectos diversos de la estructura humana. Cada uno de esos términos es expresión englobante de lo humano: todo el hombre es (y no sólo tiene) “basar”, - todo el hombre es (y no sólo tiene) “nefes”; todo el hombre es (y no tiene) “ruah”.>

⁵ “Pablo no está usando la palabra “carne” en el sentido de deseo sexual o de naturaleza inferior o naturaleza humana. El está hablando sobre el pecado y mundanismo en general. El está hablando sobre un modo de vida que no está motivado e inspirado por Dios”. Nolan, Albert. “Espiritualidad Bíblica. Espiritualidad de la Justicia y el Amor”. p. 2.

A través de la dimensión vertical, el ser humano empieza a relacionarse con lo que está sobre él: papá, mamá, maestros, superiores y *aprende a ser hijo*. A través de la dimensión horizontal, el ser humano empieza a relacionarse con lo que está al lado, a su alrededor: hermanos, hermanas, amigos, amigas, compañeros, etc., en una palabra, sus semejantes y *aprende a ser hermano*.

Finalmente, a través de la dimensión interior, el ser humano entra en relación, en sintonía, con lo que está dentro de él, con su ser en profundidad. Es el mundo del alma, del espíritu, de la intuición, de la creatividad. La persona descubre los valores de la interioridad, del silencio, de la reflexión, de la libertad y de la contemplación. Logra llegar a sus propias fuentes subterráneas, a sus propias raíces y se convierte en una *persona espiritual*.⁶ Yendo a lo más profundo de sí misma, una persona espiritual no es una criatura que vive en las nubes, desencarnada. Es simplemente una persona profunda, capaz de conectarse con sus motivaciones últimas, su ideal, su utopía, su pasión, la mística por la que vive y lucha, y con la cual contagia a los demás.

En el lenguaje cotidiano decimos, entonces, que una persona “tiene buen espíritu” cuando es de buen corazón, de buenas intenciones, con objetivos nobles, con veracidad. En el fondo, decimos que “tiene un gran espíritu”, ya que se nota en ella la presencia y la fuerza de unas motivaciones profundas, de una pasión que la arrastra o de una riqueza interior que la hace rebosar. Por el contrario, decimos de alguien que “tiene mal espíritu” o que es “mala persona” cuando la habitan intenciones dañinas, la dominan pasiones bajas o cuando algo en ella nos hace sentir la desconfianza de la falsedad.

Vivir desconectados de lo que sucede en nuestro ser más profundo es encerrarse en una vida sin perspectivas, es acercarse al lado oscuro de la existencia, a ese lugar donde la vida misma va perdiendo su horizonte y se va quedando vacía y sin sentido. Eso sí es vivir “sin los pies en la tierra”, lejos de la hondura y riqueza de nuestra propia “tierra interior”. Al contrario, una persona que descubre y cultiva la dimensión espiritual, le da firmeza a su andar, porque sabe hacia donde se dirige y su corazón se ensancha pudiendo captar las cosas más importantes de la vida.

2.3. Espíritu y espiritualidad.

“Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón” (Mt 6,21).

Aunque, en rigor, espíritu y espiritualidad no signifiquen lo mismo, en el uso ordinario del lenguaje intercambiamos con frecuencia estas palabras sin diferenciarlas debidamente. Cuando preguntamos qué espiritualidad tenemos, podríamos preguntar qué espíritu nos mueve, por ejemplo el Espíritu de Jesús, es decir el Espíritu Santo; o cuando afirmamos que una persona es de mucha

⁶ Cf. Cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, “Espiritualidad y cultura de la solidaridad”, en VI Encuentro de Agentes de Pastoral Social. Santiago, Agosto de 2008.

espiritualidad, podríamos significar lo mismo diciendo que muestra tener mucho espíritu.

Sin embargo, espíritus y espiritualidades los hay muy diversos y hasta contradictorios. Hay espiritualidades buenas y otras no tan buenas. En la Madre Teresa de Calcuta, por ejemplo, vimos el movimiento interior causado por el espíritu de fe, de esperanza y caridad que ella acogió desde el evangelio por acción, a su vez, del Espíritu de Dios. Esto hizo de ella una mujer de profunda relación con Jesús y la expresión de esa relación fue un trabajo sin desvelos por lo pobres de Calcuta y del mundo. Fuimos testigos de una de las más altas “buenas espiritualidades”.

La espiritualidad es una dimensión inscrita en la naturaleza de la persona y que, por lo tanto, nos constituye a todos. Toda persona humana está animada o marcada por una u otra espiritualidad, porque ella es un ser fundamentalmente espiritual. No somos seres exclusivamente materiales, no somos sólo carne, huesos, nervios, etc. Estamos más allá de la vida puramente biológica; hay en nosotros, hombres y mujeres, una dimensión que nos impulsa a una existencia superior a la de cualquier otro animal.

Inexorablemente nos ocurrirá, tarde o temprano, que nos preguntemos por aquello que da consistencia a la vida, aquello sobre lo cual vamos construyendo nuestra historia y desde donde hacemos frente a la realidad y entonces habrá que elegir. Esta es la opción fundamental y el punto en que lo humano y lo religioso se abrazan con más fuerza, porque en esta opción decidimos qué valor ponemos como centro de la vida, ¿el amor? ¿La solidaridad? ¿El poder y el dominio sobre otros? ¿El tener? ¿La fraternidad? ¿La violencia? ¿Cuál será el punto más fundamental desde donde la vida se edifica y despliega? Porque *“Donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón”* (Mt 6,21).

Desconocer la realidad espiritual de cada persona, no sólo es desconocer algo esencial a ella, es también ignorar la experiencia religiosa natural de todo ser humano, antes de cualquier adscripción a una determinada confesión religiosa, antes siquiera de toda “verdad” o “dogma”. Éstos y las prácticas religiosas que vendrán luego, son los vehículos a través de los cuales se irá expresando y enriqueciendo esta espiritualidad fundamental, y si no existen, con toda seguridad nos iremos empobreciendo.

Nosotros hemos hallado en Cristo y su mensaje el fundamento más profundo de nuestra espiritualidad, conscientes de que este caminar no se ha iniciado por una simple decisión ética, ni por una gran idea sino *“por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*⁷. De modo que en este camino espiritual, nuestros labios puedan cantar como el santo de Hipona: “Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo... Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera;

⁷ DA, 12.

brillaste y resplandeciste, y curaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y lo aspiré, y ahora te anhele; gusté de ti, y ahora siento hambre y sed de ti; me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti”⁸.

2.4. La Espiritualidad Cristiana: el seguimiento de Jesús⁹.

“Te seguiré donde quiera que vayas” (Lc 9,57).

“La fe cristiana nos descubre un sentido propio y una significación nueva de las realidades salvíficas explícitamente cristianas. Dios no sólo se ha revelado a través de la mediación de la Creación y de la Historia, sino que ha decidido revelarse a la Humanidad directamente, personalmente. **Los cristianos creemos que en Jesús Dios ha pronunciado su palabra en carne, en sangre, en historia, en muerte y resurrección. En Jesús de Nazaret, nacido de mujer (Ga 4,4) habita personal e históricamente la plenitud de la divinidad** (Col 1,15-20). En él Dios se nos ha revelado como el amor. Nos ha revelado en él el sentido y el fin de la existencia: la utopía del Reino. Y se ha revelado a sí mismo por la trayectoria de Jesús como la realización anticipada de la plenitud de la Nueva Humanidad”¹⁰.

Haciendo eco de Aparecida, decimos además, que lo que nos convierte en cristianos no es la aceptación de una doctrina, sino el seguimiento de Jesucristo, que como persona nos ha ganado el corazón y nos ha convertido¹¹. Lo que nos hace discípulos(as), iniciando el camino espiritual, es ir tras los pasos del hijo del carpintero. Es él quien nos ha cautivado y dado la capacidad de dejar todo para seguirlo como lo hicieron sus primeros discípulos y discípulas.

En las bienaventuranzas (Mt 5,1-12) el mismo Jesús traza el camino espiritual por el cual nos vamos constituyendo en verdaderos discípulos(a) suyos, acogiendo con sinceridad la buena nueva del Reino de Dios, que conduce a la vida en abundancia, esa misma vida que deseamos para nuestros pueblos y que nos pone en contacto con la solidaridad de los pobres, nos permite dialogar con la cultura, mirando la realidad desde la fe y nos impulsa a luchar por una sociedad más justa y fraterna. Por eso “la vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales sino también en las virtudes sociales y políticas,”¹² en sintonía con el Evangelio que nos muestra los criterios desde los cuales el discípulo vive su experiencia creyente, cuando alimenta al hambriento, acoge al forastero, viste al desnudo, visita al enfermo y encarcelado, (Mt 25, 31ss).

⁸ San Agustín, “Confesiones”. X, XXVIII, 38.

⁹ Para profundizar en el tema del seguimiento de Jesús véase el hermoso módulo “Fe cristiana y seguimiento de Jesús”, del Plan de Formación para laicos de la Arquidiócesis de Santiago, especialmente los capítulos 2, 3 y 4.

¹⁰ Casaldáliga, Pedro – Vigil, J.M., *op. cit.* p. 5.

¹¹ DA, 243.

¹² DA, Discurso inaugural, 3.

En Jesús, Dios nos mueve, nos atrae, nos revela la dinámica y el sentido de la historia y de la vida de cada persona; nos ofrece razones para vivir, para convivir y para entregar la vida. Realidades como la encarnación de Dios, la comunidad eclesial, la vida sacramental, configuran otras tantas referencias de una espiritualidad explícitamente cristiana.

El documento de Aparecida dirá, “Quienes se sintieron atraídos por la sabiduría de sus palabras, por la bondad de su trato y por el poder de sus milagros, por el asombro inusitado que despertaba su persona, acogieron el don de la fe y llegaron a ser discípulos de Jesús. Al salir de las tinieblas y de las sombras de muerte (cf. Lc 1,79), su vida adquirió una plenitud extraordinaria: la de haber sido enriquecida con el don del Padre. Vivieron la historia de su pueblo y de su tiempo y pasaron por los caminos del Imperio Romano, sin olvidar nunca el encuentro más importante y decisivo de su vida que los había llenado de luz, de fuerza y de esperanza: el encuentro con Jesús, su roca, su paz, su vida”¹³.

En Jesús, la espiritualidad encuentra su impulso, su razón de ser y su fortaleza. En Él, que es el “Camino, la Verdad y la Vida” (Jn 14,6).

2.4.1 Animados(as) por el Espíritu de Jesús.

“EL que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios” (Jn 3,5).

Tener una vida espiritual o una vida según el espíritu no es una cuestión de estar siendo movido por un espíritu cualquiera. La vida espiritual, en la perspectiva de la fe en Jesucristo, es una cuestión de estar animado por el Espíritu que movió a Jesús, el Espíritu de Dios. Lo opuesto a la carne no es el espíritu en general, sino el Espíritu Santo.

El gran desafío de la espiritualidad cristiana está en saber cómo discernir el Espíritu de Dios en el mundo y en mí; en ver la diferencia entre el Espíritu Santo y todos los otros ‘espíritus’ profanos que motivan a las personas. Como dice la Primera carta de Juan: “no crean en cualquier espíritu, sino examinen los espíritus para ver si son de Dios” (1 Jn 4,1). Este desafío requiere, evidentemente, de un esfuerzo constante y diario para asegurar que el espíritu que nos mueve es el Espíritu de Dios y no otro. Y, ya que el Espíritu de Dios es como el viento que *“sopla donde quiere: oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene, ni para dónde va”* (Jn 3,8), esto no es algo que resulte inmediatamente sencillo de captar, aún cuando sabemos que estamos ante el Espíritu del Amor (1 Jn 4,13-16), el espíritu de Verdad (Jn 14,17; 16,13-14; 1 Jn 5,7), el Espíritu de Libertad (2 Cor 3,17; Rm 8,1-13)¹⁴.

¹³ DA, 21

¹⁴ Cf. Nolan, A., *op. cit.*, p. 3.

2.4.2. Una sola espiritualidad cristiana.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas... Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento más importante que este” (Mc 12,30-31).

“No hay más que una espiritualidad cristiana, la de realizar en la propia vida el don recibido por medio del Bautismo. Ello nos va dando una progresiva transformación en Cristo por medio de la acción santificadora del Espíritu Santo.

La espiritualidad cristiana arranca del Bautismo y supone el ahondar cada día la gracia de la adopción filial y desemboca en la perfecta similitud con Cristo en la gloria. Pero es fundamentalmente la acción del Espíritu Santo que va grabando en nosotros la imagen de Cristo *“Primogénito entre muchos hermanos”* (Rm 8,29).

La santidad, que es la meta de la espiritualidad cristiana, es más tarea de Dios que del esfuerzo del ser humano. Dios es el que produce en nosotros el *“querer y el hacer para cumplir su deseo de amor”* (cf. Flp 2,13).¹⁵ Este don nos ayuda a participar de la misión de Jesús en el corazón del mundo, que implica la atención a la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales, políticos y culturales de nuestro pueblo.¹⁶

En esto consiste la espiritualidad que brota del encuentro con Cristo, en caminar los senderos de la santidad. Tender a la perfección por los caminos de la espiritualidad del Evangelio, es vivir en la sencillez de lo cotidiano, la Fe, la Esperanza y la Caridad. Aquí encontramos el núcleo de todo. *“En definitiva, los santos son los que han manifestado su “Fe en sus obras, su amor con fatigas y trabajos por el Reino y su esperanza en nuestro Señor Jesucristo con una firme constancia”* (cf. 1 Tesa 1,3). A los cristianos se nos pide fidelidad al Evangelio, es decir que vivamos a fondo el espíritu de las Bienaventuranzas (Mt 5,3ss). Que amemos a Dios con todo el corazón y al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22,34ss); que estemos siempre alegres y oremos sin interrupción (1 Tes 5,16-17)¹⁷.

Solemos hablar de muchas espiritualidades. En el ámbito eclesial oímos de personas que viven tal o cual espiritualidad a partir de la experiencia de algún Santo o Santa. Todas ellas destacan alguna dimensión de la espiritualidad de Cristo y, desde esa perspectiva, precisan los medios para avanzar en el camino del discipulado hacia la santidad a la que Dios nos llama. No obstante, su finalidad es la misma, ya que encuentran sus raíces en la persona de Jesús, que

¹⁵ Cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, *op. cit.*

¹⁶ DA, 148.

¹⁷ Cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, *op. cit.*

es para todos el único camino de santidad. A él estamos llamados a amar con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas y en él, al prójimo como a uno mismo.

En síntesis.

- La Sagrada escritura nos muestra una visión integrada de la persona como “cuerpo animado” o “alma encarnada”. Por esta razón espiritualidad no se opone a lo material o a la carne, sino más bien a una existencia superficial, mundana.
- Hablamos entonces de una de las dimensiones del ser humano, inscrita en su propia naturaleza, a través de la cual, entra en relación, en sintonía, con lo que está dentro de él, con su ser en profundidad. Una persona espiritual es simplemente una persona profunda, capaz de conectarse con sus motivaciones últimas, su ideal, su utopía, su pasión, la mística por la que vive y lucha y con la cual contagia a los demás.
- La persona es un ser fundamentalmente espiritual. Por ello, la espiritualidad no es patrimonio exclusivo de personas especiales, profesionalmente religiosas, o santas, ni siquiera es privativa de los creyentes. La espiritualidad es patrimonio de todos los seres humanos.
- Será a partir de las preguntas más profundamente humanas que tendremos que optar, decidiendo dónde y en que (o en quién) estará edificada nuestra vida, desde qué elementos fundamentales iremos configurando nuestra espiritualidad, porque donde esté nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón (Mt 6,21).
- El encuentro personal con Jesucristo da inicio a un dinamismo espiritual absolutamente nuevo. Él mismo nos revela la dinámica y el sentido de la historia y de la vida y nos traza el camino para su seguimiento en las Bienaventuranzas. Somos animados por el mismo Espíritu de Jesús para realizar en nuestra vida el don del bautismo, la santidad, finalidad última de la única espiritualidad cristiana, capaz de transformar la sociedad, para que todos(as) tengan en Cristo Vida abundante.

3. ¿Qué es la Espiritualidad de la Solidaridad?

Vivir la espiritualidad de Cristo es entrar en la experiencia de la solidaridad, es decir en la extensión de la propia vida a favor de los demás, en la práctica de la caridad expresada en el servicio a otros. Es comprender las relaciones con las demás personas desde una relación de compromiso con su dignidad más fundamental.

Este dinamismo, supone hacerse primero solidarios con uno mismo, reconociéndose en la verdad más profunda para amarse, aceptarse y saberse en un camino de maduración humana y cristiana. Recordemos que el amor al prójimo su correlato en el amor a sí mismo (Mc 12,31), por lo tanto, este amor forma parte del mandamiento del amor. Se trata de amar el don que es uno mismo. Amarse y reconocerse amado(a) “Se ha olvidado muchas veces que los tres amores del cristiano son Dios, el prójimo y uno mismo, y que este último es tan imprescindible como los otros dos”¹⁸. Mientras no establezcamos una relación amorosa con nosotros mismos y seamos capaces de reconciliarnos con nuestras limitaciones, aceptándonos con todo lo que somos, incluidas nuestras oscuridades, tampoco será posible amar a los demás tal como son¹⁹

Esta solidaridad con uno mismo hace fecunda la solidaridad con el resto de las personas, comprendiendo que la solidaridad no es “un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”. (Sollicitudo rei socialis, 38)

Este concepto no es otra cosa que la expresión actual de un valor de raíz evangélica: la misericordia. Se trata de un rasgo esencial de la propuesta de Jesús y que se ve reflejada de manera notable en el relato del Buen samaritano, cuyo mensaje nutrirá profundamente la espiritualidad cristiana²⁰.

3.1. “Entrar y contemplar el corazón de Dios”.

“Yo conozco sus sufrimientos, y por esta razón estoy bajando, para librarlo” (Ex 3,7).

Desde el primero y hasta el último libro, la Sagrada Escritura está “preñada” de expresiones que hablan de la ternura y cercanía salvadora de Dios. El libro del Apocalipsis lo expresa con bellas palabras cuando dice: *“Esta es la tienda de campaña que Dios ha instalado entre los hombres. Acampará entre ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos. Enjugará las lágrimas*

¹⁸ Bonet, José Vicente. “Teología del Gusano. Autoestima y Evangelio”. Sal Terrae, pp. 90-91.

¹⁹ Cf. López, A. “El difícil arte de amarse a sí mismo”. Sal Terrae 1995 pp. 399-400.

²⁰ El relato será comentado en el Capítulo 8: “Cómo vivir la espiritualidad de la solidaridad hoy”.

de sus ojos y no habrá ya muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido” (Ap 21,3b-4).

¿A quién si no al que ha puesto su corazón en el nuestro, uno le permite enjugar sus lágrimas? **La espiritualidad cristiana toma el rostro de la solidaridad a partir de la experiencia salvadora de Dios, que ha puesto su corazón en la miseria de cada hombre y mujer.**

Esta es una dimensión del ser mismo de Dios que estamos llamados(as) a imitar a partir de una actitud contemplativa, como quien se asoma al misterio del amor de Dios con un corazón admirado, abierto, dispuesto a dejarse tocar por un Dios que se muestra acompañando, salvando, liberando.

El libro del Éxodo, unos de los primeros libros bíblicos, nos narra la liberación del pueblo de Israel luego de largos años de dolor y sufrimiento en tierra egipcia. Todo el relato, especialmente al inicio, es una muestra de la ternura de Dios hecha acontecimiento salvador. La fe bíblica estará siempre marcada por este hecho: Dios no toma partido por quien oprime, sino que por el contrario, *“pone la cara”* y se manifiesta liberando al pueblo del maltrato y la servidumbre. ¿Cómo desoir a hombres y mujeres que sufren bajo la esclavitud? ¿Es pensable un Dios que no escucha el grito de dolor de quienes ama? Dios oye sus lamentos, recuerda la alianza hecha con Abraham, Isaac y Jacob y *mira con bondad a los hijos de Israel, y los atiende* (ver Ex 2,25). El monte Horeb será el escenario de la conversación entre Dios y Moisés, en el que confirma su solidaridad con el pueblo oprimido.

*Yavé dijo: «**He visto** la humillación de mi pueblo en Egipto, y **he escuchado** sus gritos cuando lo maltrataban sus mayordomos. Yo **conozco sus sufrimientos**, y por esta razón **estoy bajando**, para librarlo del poder de los egipcios y para hacerlo subir de aquí a un país grande y fértil, a una tierra que mana leche y miel...*

Ve, pues, yo te envío a Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel» (Ex 3,7-8.10).

Dios no abandona. Él escucha e inmediatamente actúa. No permanece pasivo, su *oído* se encuentra ligado a la acción salvadora, él se revela solidarizándose, liberando, salvando. No es posible acceder al corazón de Dios independientemente de su acción salvadora en favor de los hombres y mujeres, especialmente de los más desprotegidos. En esta acción se manifiesta su ser más hondo:

Moisés contestó a Dios: «Si voy a los hijos de Israel y les digo que el Dios de sus padres me envía a ellos, si me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, yo ¿qué les voy a responder?»

Dios dijo a Moisés: «YO SOY EL QUE SOY» «Así dirás al pueblo de Israel: YO-SOY me ha enviado a ustedes. Y también les dirás: YAVE, el Dios de

sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado. Este será mi nombre para siempre, y con este nombre me invocarán de generación en generación» (Ex 3,13-15).

Estamos ante una revelación que será decisiva en toda la tradición bíblica y por la cual será comprendida la opción de Dios por aquellos que no existen, aquellos a quienes se les ha quitado la dignidad y son víctimas de atropellos. La salvación que Dios trae comienza restaurando la libertad y dignidad que les ha sido quitada, como una genuina reconstrucción de la persona en todas sus dimensiones. Es Dios hecho solidaridad.

Adentrarse en la epopeya liberadora narrada en el libro del Éxodo, es entrar en el corazón de Dios que deslumbra porque hace justicia en favor de los oprimidos y en contra de sus opresores. Sólo así se puede comprender que **el dolor y la muerte no son la última palabra de la realidad, sino la liberación y la vida que viene de Dios, que se ha hecho solidario con nosotros**, en la certeza de que la experiencia final es la de la alegría y que la liberación no es nuestra conquista, sino la del Dios que nos escogió porque estábamos oprimidos:

Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico a Yavé:

*«Cantaré a Yavé, que se hizo famoso;
arrojó en el mar al caballo y su jinete.
¡Yavé, mi fortaleza!, a él le cantaré,
él fue mi salvación, él es mi Dios y lo alabaré,
el Dios de mi padre, lo ensalzaré.
(Ex 15,1-2)*

En consecuencia, **la espiritualidad de la Solidaridad no es otra cosa que la única espiritualidad cristiana que resalta el rostro más genuino de Dios, que se revela liberando, en una decidida opción preferencial por los oprimidos y oprimidas de la humanidad.**

Aparecida expresará esta verdad diciendo: “Dios Padre sale de sí, por así decirlo, para llamarnos a participar de su vida y de su gloria. Mediante Israel, pueblo que hace suyo, Dios nos revela su proyecto de vida. Cada vez que Israel buscó y necesitó a su Dios, sobre todo en las desgracias nacionales, tuvo una singular experiencia de comunión con Él, quien lo hacía partícipe de su verdad, su vida y su santidad. Por ello, no demoró en testimoniar que su Dios –a diferencia de los ídolos– es el “Dios vivo” (Dt 5,26) que lo libera de los opresores (cf. Ex 3,7-10), que perdona incansablemente (cf. Ex 34,6; Eclo 2,11) y que restituye la salvación perdida cuando el pueblo, envuelto “en las redes de la muerte” (Sal 116,3), se dirige a Él suplicante (cf. Is 38,16). De este Dios –que es

su Padre— Jesús afirmará que “no es un Dios de muertos, sino de vivos” (Mc 12,27)²¹.

3.2. “Felices los pobres, porque de ellos es el Reino de Dios”.

El *amor entrañable del Padre* llega a su plenitud en la persona de su Hijo Jesucristo, que se encarna para testimoniar este amor desbordante y que se da como vida en abundancia durante toda su vida hasta su muerte y resurrección, testimonio que la Iglesia se sabe llamada a vivir en su práctica creyente.

El ministerio de Jesús está claramente marcado por la predilección de los pequeños y de los pobres. De ahí que, *“en este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza”*²².

La Espiritualidad de la Solidaridad entra entonces en el corazón del evangelio de Jesús, con una actitud de cercanía y opción por los pobres. Teniendo en cuenta que “el sentido fundamental de toda lucha con el pobre es para que él recupere su dignidad de pobre o su dignidad de persona pobre. El sentido de su lucha no es para que él adquiera bienes materiales. De esta forma se corta de raíz la propuesta del capitalismo, sin caer en el idealismo de pensar que los bienes materiales no sirvan. Se ataca indirectamente la sociedad de consumo. A Jesús no le interesa que el pobre sea rico, sino persona. A “pobre” corresponde “fraternal”, no rico. Jesús trata de sacar al pobre de su condición de pobre, no para que sea rico, sino para que realice lo que tiene en su interior”²³.

La vivencia de la espiritualidad de la solidaridad, por tanto, rompe con la dañina (y errónea) fragmentación fe–vida, espiritualidad-acción, presentándose como una propuesta real de vivir la fe de manera integral e integradora, en el despliegue de todas las potencialidades de la persona y en beneficio de los demás, como amor descentrado.

Vivir la espiritualidad de la solidaridad es asumir la invitación a compartir el mismo camino que hiciera Jesús, las mismas opciones, el mismo destino. Es entrar en el corazón de Dios, que nos salva en Jesucristo, haciendo nuestras sus enseñanzas y su modo de actuar.

En síntesis:

- Estar animados por el Espíritu de Jesús es al mismo tiempo estar dispuestos a entrar en la experiencia de la solidaridad. Fe en Cristo y

²¹ DA, 129.

²² DA, Discurso inaugural, 3; DA, n° 392. Sobre este tema profundizaremos al hablar sobre los “Fundamentos de la Espiritualidad de la Solidaridad” en el capítulo siguiente.

²³ Carrasquilla, F. “Antropología del Pobre”. P.4

Solidaridad son inseparables. Desde la solidaridad con uno mismo nos abrimos con firme determinación a la solidaridad con los demás.

- La Espiritualidad de la Solidaridad nos lleva a hacer cada día lo que el mismo Dios ha hecho desde siempre con su pueblo: poner el corazón en su miseria y comprometerse con su liberación, especialmente con la de los(as) más empobrecidos y excluidos.
- Es compartir el mismo camino que hiciera Jesús, en quien el amor de Dios se mostró con toda su plenitud. Este amor estuvo marcado por la predilección de los más pequeños. Por eso, nuestra fe en Jesucristo es inseparable de la opción por éstos, de modo que quien desconoce a los pobres y pequeños, al propio Cristo desconoce.

4. Los fundamentos de la Espiritualidad de la Solidaridad.

«La solidaridad es fruto de la comunión que se funda en el misterio de Dios uno y trino, y en el Hijo de Dios encarnado y muerto por todos. Se expresa en el amor del cristiano que busca el bien de los otros, especialmente de los más necesitados” (Ecclesia in America, 52).

4.1. Creados a imagen y semejanza de Dios. “Y vio Dios que todo era muy bueno” (Gn 1,31).

Creados a ‘imagen de Dios’ (Gn 1,26), el hombre y la mujer son seres constitutivamente relacionales, de la misma forma que Dios es relación de personas.

Dios es amor, es decir esa relación descentrada, que extiende la vida en favor de los demás, por eso, “todo el que ama ha nacido de Dios” (1 Jn 4,7). En este sentido, el hombre está llamado a vivir y plenificar fraternalmente todas las relaciones que le son posibles: con Dios, con las demás personas y con la creación. En la misma línea, la creación y la alianza definen la relación entre Dios y el hombre bajo el signo de una solidaridad que comporta el reconocimiento de la responsabilidad humana y la apertura a una verdadera colaboración. Esta solidaridad es el fundamento y el modelo de las mismas relaciones humanas, donde el amor y la fraternidad han de ser recíprocos²⁴.

En síntesis, **la espiritualidad de la solidaridad es la espiritualidad de la común-uniión cuyo fundamento es Dios mismo**. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios de modo que “la experiencia de un Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable, nos permite superar el egoísmo para encontrarnos plenamente en el servicio al otro”²⁵.

En el capítulo anterior vimos precisamente que Dios se revela solidarizándose con su pueblo y es que “La gloria de Dios consiste en que el hombre viva”²⁶. Del mismo modo, estamos llamados a realizar en nosotros la vocación de amor, de comunión y de solidaridad, a la que hemos sido llamados desde la creación. Ya desde el comienzo Dios nos hizo, no sólo sociales, sino para un tipo de relación que esté caracterizada por la fraternidad. Esta vocación es la que nos lleva a abrirnos y dialogar con la cultura y a establecer redes con todas las personas e instituciones para buscar juntos el bien común y poder así globalizar la solidaridad.

²⁴ Cf. Piana G., Solidaridad, en:
http://www.ucn.cl/anuncios_home/MESSolidaridad/PDF/CONCEPTO%20DE%20SOLIDARIDAD.pdf

²⁵ DA, 240.

²⁶ Ireneo, “Contra los herejes”, Libro IV, 20, 5-7.

4.2. Hueso de mis huesos, carne de mi carne.

Esta vocación a la fraternidad es esencial al ser humano. Después de crear a Adán, dijo el Señor *“No es bueno que el hombre esté solo. Vamos a hacerle una ayuda semejante a él”* (Gn 2,18). Entonces Dios hizo salir de él mismo una compañera (Gn 2,21-22). Al verla Adán exclamó: *“Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne”* (Gn 2,23). Eva fue creada a su misma altura, igual en dignidad. Se podían ayudar. Podían acompañarse y amarse. *“Esta sociedad de hombre y mujer es la expresión primera de la comunión de personas humanas. El hombre es, en efecto, por su íntima naturaleza, un ser social, y no puede vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás”*²⁷.

Sin embargo, este ideal de convivencia fraterna se ha resquebrajado por la realidad del pecado. El hombre rompe la comunión y la amistad con Dios y daña con esto también las relaciones consigo mismo, con los demás y con el resto de la creación²⁸. Después de haber pecado, la que antes era hueso de sus huesos y carne de su carne es ahora *“esa que tú me diste”* (Gn 3,12). Una espiritualidad de la solidaridad sólo será posible reconstruyendo los lazos que hagan que las demás personas, en forma privilegiada los empobrecidos, sean hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne.

Con todo, estamos ante uno de los aspectos principales de nuestra semejanza con Dios y el primer fundamento de una espiritualidad de la solidaridad: *Dios es amor* y nosotros, de una manera parecida, somos también amor (ver 1 Jn 4,1ss) y somos llamados a concretar ese amor en un tipo de convivencia caracterizada por la fraternidad y la solidaridad.

4.3. En la encarnación Dios se hace “uno de nosotros”. «Y el Verbo se hizo carne, y puso su tienda entre nosotros» (Juan 1,14).

En Cristo, particularmente en el misterio de la encarnación y de la Pascua, aparecen los rasgos de la solidaridad divina, que consiste en compartir plenamente la condición humana, excepto en el pecado, llegando incluso a donar la vida en favor de todos y todas. *“En el encuentro de fe con el inaudito realismo de su Encarnación... experimentamos que el propio Dios va tras la oveja perdida, la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del*

²⁷ GS, 12.

²⁸ GS, 13. “Al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último, y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación... Toda la vida humana, la individual y la colectiva, se presenta como lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas”.

*padre que sale al encuentro de su hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino de la explicación de su propio ser y actuar*²⁹.

“La originalidad y la autenticidad de la espiritualidad cristiana consiste en que seguimos a un Dios que asumió la condición humana. Que tuvo una historia como la nuestra; que vivió nuestras experiencias; que hizo opciones; que se entregó a una causa por la cual sufrió, tuvo éxitos, alegrías y fracasos, por la cual entregó su vida. Ese hombre, Jesús de Nazaret, igual a nosotros menos en el pecado, en el cual habitaba la plenitud de Dios, es el modelo único de nuestro seguimiento.

Por eso el punto de arranque de nuestra espiritualidad cristiana es el encuentro con la humanidad de Jesús. Eso le da a la espiritualidad cristiana todo su realismo. Al hacer de Jesús histórico el modelo de nuestro seguimiento, la espiritualidad católica nos arranca de las ilusiones del «espiritualismo», de un cristianismo «idealista», de valores abstractos y ajenos a experiencias y exigencias históricas. Nos arranca de la tentación de adaptar a Jesús a nuestra imagen, a nuestras ideologías y nuestros intereses. Nuestra espiritualidad tiene que recuperar el Cristo histórico. Esta dimensión a menudo ha quedado ensombrecida en nuestra tradición latinoamericana. Esta tiene una tendencia a deshumanizar a Jesucristo; a asegurar su divinidad sin poner de relieve suficientemente su humanidad, con todas sus consecuencias. Jesús «poder», extraordinario, milagroso, puramente divino, oscurece al Jesús como modelo histórico de seguimiento³⁰.

Por otro lado, la encarnación lleva a plenitud la vocación a la que fuimos llamados por Dios al momento de ser creados. Si fuimos hechos para la comunión, en Jesús esta vocación se realiza completamente. Esa fue la experiencia que vivieron los hombres y mujeres que fueron testigos de su vida y de sus enseñanzas y de la cual también hoy somos testigos por el don de la fe. Jesús nos reveló un nuevo tipo de relaciones con Dios, como Padre, con las demás personas, como hermanos, y con el mundo, como bienes compartidos.

Más aún, si hemos sido creados a imagen de Jesús y él se encarnó y se hizo pobre, entonces nuestro modelo de humanidad es también el hombre pobre. En Jesús, Dios hecho pobre, tenemos el modelo de una nueva humanidad y fundamento para una espiritualidad fraterna y de opción por los pobres. No se trata de hacernos pobres para que todos quedemos en la miseria. Esa es una pobreza que Dios no quiere. Se trata de ir progresando todos juntos. De hacer progresar, sobre todo, el amor fraterno, empujando desde abajo, codo a codo con todos los empobrecidos y oprimidos. Si progresa el amor fraterno, el Reino de Dios y su justicia, todo lo demás vendrá luego por añadidura (Mt 6,33).

²⁹ DA, 242.

³⁰ Galilea, Segundo. “El rostro de Jesús”, en Religiosidad popular y pastoral. Cristiandad, Madrid 1980, p. 255.

El camino espiritual que brota desde aquí nos compromete a conocer y a entender a hombres y mujeres desde abajo y desde dentro, partiendo desde lo más humano en cada persona.

De este modo Cristo nos sana del pecado original que nos ha dividido, que nos ha hecho perder la amistad y la fraternidad y nos pone en la perspectiva de una salvación que es colectiva. La humanidad estaba herida en su mismo corazón: en su egoísmo. Jesús baja a lo más profundo de la incapacidad y de la debilidad humana y desde su misma raíz vuelve de nuevo a regenerar al hombre y comunicarle la vida de Dios: el amor. Este es precisamente el camino elegido por Dios y el camino de una espiritualidad de la solidaridad.

En síntesis:

- Creados a imagen y semejanza de Dios estamos llamados a realizar plenamente en nosotros los rasgos de esa semejanza: la comunión trinitaria y el amor gratuito, especialmente reflejado en el servicio al prójimo.
- Por esa razón, es parte de nuestra tarea superar cualquier división y reconstruir los lazos que se hayan roto, para establecer una relación fraterna con las demás personas haciendo propias sus necesidades como si fueran *hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne*.
- En la encarnación de Jesús -y en sus obras y palabras- encontramos el fundamento más sólido para una espiritualidad de la solidaridad. En Él, Dios mismo solidarizó con la humanidad, como quien va tras la oveja perdida, haciéndose cargo de sus dolores y sufrimientos, llegando a entregar la propia vida a favor de su liberación.

5. La Iglesia nos anima a la vivencia de la solidaridad. Breve mirada desde el Vaticano II hasta nuestros días.³¹

5.1. El aporte del Concilio Vaticano II.

El concepto “solidaridad” se robustece en la eclesiología desde el Concilio Vaticano II y se ha desarrollado hasta ahora cada vez con mayor fuerza, como uno de los pilares para la vida de fe.

Durante el Concilio, los pastores enriquecerán el concepto de solidaridad desde diversos ángulos, vinculándolo con los principios del Bien Común, la Justicia, la Subsidiaridad y la Caridad, para articular los elementos centrales del magisterio social y de la práctica cristiana en el mundo actual.

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”. Con estas hermosas palabras se abre uno de los documentos más importantes del Concilio, la constitución pastoral “Los gozos y las esperanzas” (en latín ***Gaudium et spes***) sobre la Iglesia en el mundo actual. Con estas palabras, el Concilio quiere expresar su más profunda solidaridad con el mundo, poniéndose al servicio del hombre (nº 3) y acogiendo sus esperanzas y temores (nº 4); reconociendo los profundos cambios en el orden social (nº 6) psicológico, moral y religioso (nº 7) y haciendo suya las aspiraciones más universales de la humanidad (nº 9), queriendo ser respuesta a sus interrogantes más profundas (nº 10).

La Iglesia se hace solidaria con el mundo para aportar en la reflexión acerca de la situación que vivimos y, sobre todo, iluminar la sociedad desde la experiencia del Resucitado, proponiendo el evangelio como camino de salvación y liberación de todo el género humano. Este movimiento eclesial es una expresión de la espiritualidad cristiana en la medida que nos impulsa a “creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo,” y nos ayuda a “discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (GS, 11).

La constitución “Luz de las gentes” (en latín ***Lumen Gentium***), por su parte, precisará en el número 31 el aporte del laicado en la sociedad. De ellos dirá: “Viven en el siglo, es decir, en todas y a cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que,

³¹ En este módulo queremos mirar solamente el recorrido que ha tenido el tema de la solidaridad. Un estudio más exhaustivo de las conferencias se puede leer en el Módulo Doctrina Social de la Iglesia, del profesor Exequiel Rivas, perteneciente al Plan de Formación para Laicos de la Arquidiócesis de Santiago.

igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad. *A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor*".

El decreto sobre la "Actividad Apostólica" (en latín **Apostolicam Actuositatem**), en el número 8, recuerda que "El mandamiento supremo en la ley es amar a Dios de todo corazón y al prójimo como a sí mismo (Cf. *Mt 22,27-40*)", y que en esto Jesús es modelo para todos los creyentes: "Cristo hizo suyo este mandamiento de caridad para con el prójimo y lo enriqueció con un nuevo sentido, al querer hacerse Él un mismo objeto de la caridad con los hermanos, diciendo: "Cuántas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis" (*Mt 25,40*). Ejerciendo la caridad con todo el género humano y poniéndonos de lado de los más pequeños y vulnerables, nos integramos al proyecto de Jesús, haciendo propio el signo que nos distingue como sus discípulos: Él, pues, tomando la naturaleza humana, se asoció familiarmente todo el género humano, con una cierta solidaridad sobrenatural, y constituyó la caridad como distintivo de sus discípulos con estas palabras: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos con otros" (*Jn 13,35*).

5.2. Pablo VI y "El Desarrollo de los Pueblos".

5.2.1 Populorum progressio.

En "*El Desarrollo de los Pueblos*" (En latín *Populorum progressio*), Pablo VI destacará el concepto de la solidaridad como valor universal, en momentos en que "Los pueblos hambrientos interpelan hoy, con acento dramático, a los pueblos opulentos" (3). Ante esta situación llamará a todos para que respondan con amor al llamado que desde la angustia hacen sus hermanos. El Papa será enfático al señalar que las iniciativas locales e individuales se hacen insuficientes y que la situación del mundo exige una acción de toda la comunidad, que tenga como punto de partida una clara visión de todos los aspectos económicos, sociales, culturales y espirituales. "Urge –dirá el Papa-, un orden mundial más justo, que ponga la dignidad del hombre y la mujer como el centro del desarrollo, viendo en el otro a un hermano, no a un competidor y procurando hacernos corresponsables unos de otros. Todo esto "*bajo la guía del Espíritu Paráclito*" (nº 13).

5.2.2. Octogesima Adveniens.

Celebrando los 80 años (en latín *Octogesima adveniens*) de *Rerum Novarum*, del papa León XIII, Pablo VI expresará su preocupación por la situación creciente de cesantía, apelando a un *estremecimiento de la conciencia humana* para iniciar un movimiento general de solidaridad, que nos procure un ordenamiento económico que otorgue mejores posibilidades laborales a través de

políticas económicas adecuadas y una mejor “organización de la producción y de los mercados, así como de la formación adecuada” (nº 18). El Papa alzará la voz a favor de los empobrecidos aclarando que “El Evangelio, al enseñarnos la caridad, nos inculca el respeto privilegiado a los pobres y su situación particular en la sociedad”, entonces dirá: **“los más favorecidos deben renunciar a algunos de sus derechos para poner con mayor liberalidad sus bienes al servicio de los demás” (23)**. Es decir, la solidaridad se caracteriza por una “renuncia voluntaria”, en favor de los empobrecidos, de un bien conseguido legítimamente.

No obstante, para que esta actitud se de, es necesario un proceso de formación en la práctica solidaria, ya que “sin una educación renovada de la solidaridad, la afirmación excesiva de la igualdad puede dar lugar a un individualismo donde cada cual reivindique sus derechos sin querer hacerse responsable del bien común” (23). Será necesario que la Iglesia eduque para la solidaridad, de lo contrario, corremos el riesgo de vivir una pseudo-solidaridad en donde el centro sea el propio individuo que realiza “actos solidarios”. **La solidaridad configura un estilo de vida, no sólo actos solidarios esporádicos**. No se trata de un valor individual, sino que es la forma en que la sociedad se debe estructurar (cf. nº 26).

5.3. Juan Pablo II y la entrega por el bien del prójimo: *servir en vez de oprimir*.

5.3.1. Sollicitudo rei socialis.

En “La Preocupación por las cosas sociales” (En latín *Sollicitudo rei socialis*), el Papa recuerda que Dios es el único fundamento verdadero de una ética absolutamente vinculante y que es necesario crecer en una conciencia de interdependencia entre todos los hombres y mujeres. “La solidaridad no es, pues, un *sentimiento superficial* por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la *determinación firme y perseverante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos. Esta determinación se funda en la *firme convicción* de que lo que frena el pleno desarrollo es aquel afán de ganancia y aquella sed de poder” (38). La propuesta cristiana consiste entonces en la entrega por el bien del prójimo, incluso con la disposición de «perderse», en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a «servirlo» en lugar de oprimirlo para el propio provecho. Esta acción solidaria sólo tiene sentido cuando se reconoce en los demás su dignidad de personas e invita a los que disponen de más recursos a *sentirse responsables de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen* y a éstos a no asumir una actitud pasiva ni destructiva en la reivindicación de sus derechos, sino que aporten lo suyo en la construcción del bien común (nº 39).

El documento pone a la solidaridad a la altura de las virtudes cristianas al revestirse de gratuidad total, perdón y reconciliación. “Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la *imagen viva* de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: «dar la vida por los hermanos» (cf. *1 Jn 3,16*)” (n° 40). Este reconocimiento de los demás como hermanos y hermanas, le da a nuestra mirada un nuevo criterio de interpretación del mundo, capaz de movilizar desde el fondo del corazón a todos(as) en favor de los demás, especialmente en beneficio de los pobres, como *opción o amor preferencial*, que es “una opción o una *forma especial* de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia” (n° 42).

5.3.2. Laborem Excersen³²

En esta encíclica el Papa mira el trabajo iluminado desde el acto creador “En el comienzo mismo del trabajo humano se encuentra el misterio de la Creación” (12.3). Esta afirmación, constituye el hilo conductor del documento. De ahí que el origen, la finalidad y el sentido último del trabajo sólo se comprenden desde el interior del misterio de la fe: “En el trabajo, merced a la luz que penetra dentro de nosotros por la resurrección de Cristo, encontramos siempre un tenue resplandor de la vida nueva, del nuevo bien, casi como un anuncio de los “nuevos cielos y otra tierra nueva”, los cuales precisamente mediante la fatiga del trabajo son participados por el hombre y por el mundo” (27.5). El Papa quiere reflexionar en torno a los nuevos significados del trabajo humano y los nuevos desafíos que esto significa para cada hombre, cada familia, a cada nación, a todo el género humano y, finalmente, a la misma Iglesia (cf. 2.1). Por esta razón abordará temas como el capital, la socialización, la participación activa y responsable de los trabajadores en el proceso de producción y de distribución, la propiedad privada, el socialismo marxista, entre otros.

El documento no constituye un tratado sobre la espiritualidad sobre el trabajo, sin embargo el Papa entrega valiosos aportes en esta línea en el Capítulo V, llamado precisamente “Elementos para una espiritualidad del trabajo”. Allí señala que “*el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra del Creador*, y según la medida de sus propias posibilidades, en cierto sentido, continúa desarrollándola y la completa, avanzando cada vez más en el descubrimiento de los recursos y de los valores encerrados en todo lo creado” (25). La persona imita al creador no sólo en el trabajo, sino también en el descanso. En este sentido, el trabajo es primordialmente una vocación del hombre llamado a crecer y multiplicarse y dominar la tierra (27.6).

³² En este acápite seguimos al Profesor Ezequiel Rivas, *op cit.*, pp. 79-87.

Esta dimensión de colaboración con el creador a través del trabajo, ha sido puesta de relieve por Jesucristo, el carpintero. Aún cuando no encontremos un mandato explícito de trabajar, su propia vida es testimonio de esto, ya que él “pertenece al «mundo del trabajo», tiene reconocimiento y respeto por el trabajo humano; se puede decir incluso más: él *mira con amor el trabajo*, sus diversas manifestaciones, viendo en cada una de ellas un aspecto particular de la semejanza del hombre con Dios, Creador y Padre. ¿No es Él quien dijo «mi Padre es el viñador» (26).

Por último, el papa recuerda que, unidos al trabajo están el sudor y la fatiga, y que a través de ellos, el cristiano puede unirse a la cruz salvadora de Cristo. “Esto confirma, por una parte, lo indispensable de la cruz en la espiritualidad del trabajo humano; pero, por otra parte, se descubre en esta cruz y fatiga, un bien nuevo que comienza con el mismo trabajo: con el trabajo entendido en profundidad y bajo todos sus aspectos, y jamás sin él. (27.5)

5.3.3. Centesimus Annus.

Con esta encíclica, el 1 de mayo de 1991, el Papa Juan Pablo II celebra cien años (en latín *Centesimus Annus*) de *Rerum Novarum*, y aborda la solidaridad esencialmente desde dos perspectivas. Por un lado, pone el principio de solidaridad como “uno de los principios básicos de la concepción cristiana de la organización social y política” (nº 10 y nº 15) llámese “amistad”, “caridad social” o “civilización del amor”. Por otro, recuerda que la única razón de la preocupación social de la iglesia es “el hombre”.

“No se trata del hombre abstracto, -dirá el documento- sino del hombre real, concreto e histórico: se trata de *cada hombre*, porque a cada uno llega el misterio de la redención, y con cada uno se ha unido Cristo para siempre a través de este misterio... Toda la riqueza doctrinal de la Iglesia tiene como horizonte al hombre en su realidad concreta de pecador y de justo (53). La Iglesia mira al hombre y desde la fe le revela su identidad verdadera (54), y le anuncia la salvación de Dios, le ofrece y comunica la vida divina mediante los sacramentos, orienta su vida a través de los mandamientos del amor a Dios y al prójimo y contribuye al enriquecimiento de su dignidad (55). Como ha tratado de hacer siempre desde el comienzo de su existencia, la Iglesia camina junto al hombre a lo largo de toda la historia.

5.4. Benedicto XVI: *Hemos creído en el amor de Dios.*

5.4.1. Deus caritas est

El Papa Benedicto XVI dedica su primera Encíclica “Dios es amor” al corazón de la fe cristiana, que no está en la ética ni en las ideas, sino en la experiencia del amor de Dios, un acontecimiento que cambia el rumbo de la vida. El papa desmiente la difundida sospecha de que el amor divino es enemigo del

amor humano (8)³³. El auténtico amor humano es expresión del amor divino, por eso la relación entre Dios y su Pueblo es presentada en la Biblia con la metáfora del noviazgo y el matrimonio (10). El invisible amor de Dios se hace visible y palpable en el amor entre un hombre y una mujer: por eso el libro bíblico favorito de los místicos es el Cantar de los cantares, cuyas apasionadas poesías son originalmente cantos nupciales de amor humano.

Sin embargo, el amor de Dios tiene su expresión más importante en Jesús. El Papa dirá que en Jesucristo el actuar amoroso de Dios adquiere una forma dramática “puesto que, en Jesucristo, el propio Dios va tras la « oveja perdida », la humanidad doliente y extraviada. Cuando Jesús habla en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca el dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar. En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. 19, 37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: «Dios es amor»” (12)

El Papa invitará entonces a cumplir el mandamiento del amor al prójimo recogiendo la afirmación de la sagrada Escritura “Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve (1 Jn 4, 20)” (16). Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano (20). El ejercicio de la caridad (diaconía) es tan esencial a la Iglesia, como la celebración de los sacramentos (liturgia) y el anuncio de la Palabra (kerygma-testimonio) (22-25). “La parábola del buen Samaritano sigue siendo el criterio de comportamiento y muestra la universalidad del amor que se dirige hacia el necesitado encontrado «casualmente» (cf. Lc 10, 31)” (25). Por lo tanto, la preocupación por el bien de todo hombre, de todo el hombre y de todos los hombres, es tarea ineludible de la Iglesia. La comunidad eclesial debe trabajar por el bien del hombre en estrecha colaboración con las instituciones humanas: Ni debe sustituir al Estado, ni debe renunciar a luchar por la justicia; recordando siempre que la sola justicia es tan necesaria como insuficiente para alcanzar el bienestar de los hombres. Siempre será necesario el amor.

La Encíclica llama a reconocer que el amor gratuito hacia los demás no es optativo, sino una tarea propia y esencial de la Iglesia. En síntesis, el Papa invita a vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo. La autenticidad de los cristianos se pone a prueba en su caridad.

5.5. “Para que nuestros pueblos tengan vida”. Solidaridad en el Magisterio Latinoamericano.

³³ “Cuanto más encuentran ambos, aunque en diversa medida, la justa unidad en la única realidad del amor, tanto mejor se realiza la verdadera esencia del amor en general”. (Deus caritas est, 7).

Las *Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano* constituyen hitos fundamentales en el caminar de la Iglesia en América Latina. Han ido madurando la conciencia de los alcances y desafíos de su misión en el continente, a partir del discernimiento del paso de Dios por estas tierras, tan llenas de belleza y de injusticia, de dolor y de esperanza.

Recordemos que una Conferencia General es la reunión de obispos de un continente, convocados por el Papa y reunidos para reflexionar sobre el caminar de la Iglesia y entregar orientaciones para la pastoral en cada momento histórico. El episcopado latinoamericano se ha reunido en cinco ocasiones, en Río de Janeiro (1955), Medellín (1968), Puebla (1979), Santo Domingo (1992) y Aparecida (2007). Han sido momentos de gracia, en los que la Iglesia ha hecho una profunda mirada de la historia del continente, desde la perspectiva de la fe, convencida de que Dios habla y se revela en esa misma historia. En las últimas cuatro ocasiones, las conclusiones han quedado plasmadas en documentos finales, de amplia difusión en las comunidades³⁴.

5.5.1. Río de Janeiro. *Urge la labor social.*

El objetivo primero de la Conferencia de Río de Janeiro fue enfrentar la escasez de clero, especialmente sacerdotes, lo que dificultaba la tarea pastoral de la Iglesia. Junto con esto, la Conferencia prestó atención al avance de las comunidades protestantes y se propuso impulsar las vocaciones, solicitar colaboración a la Iglesia de Europa y fortalecer la formación en general³⁵.

Aunque no fue una de las preocupaciones centrales, en el título VIII, el documento aborda los problemas sociales del momento, expresando su “honda preocupación ante los problemas sociales de América Latina y la situación angustiosa en que se encuentra todavía —a pesar del cúmulo de bienes que la Providencia ha dispensado al Continente— una no pequeña parte de sus habitantes, y en particular algunas clases de trabajadores del campo y de la ciudad, sin olvidar la llamada clase media, por los salarios insuficientes y la demanda de trabajo” (79), haciendo un llamado especial a todos los católicos a buscar soluciones a la luz de la enseñanza social. Ante tanta amargura y sufrimiento proclama la “urgencia de orientar e intensificar la labor social, encauzando las iniciativas hacia la raíz misma de los males que han de remediarse, y dando a la Acción social católica el espíritu y las formas de coordinación comunitaria que exige la gravedad de la situación” (80).

³⁴ Con excepción del documento de *Río*, que no tuvo un carácter público propiamente, razón por la que no se le dio una circulación muy amplia. Fue además entregado a los Obispos al año siguiente de la *Conferencia* —en 1956— con la indicación de que se trataba de un texto *pro manuscripto*.

³⁵ También puso las bases de lo que sería luego el Consejo Episcopal latinoamericano, CELAM, cuyo primer presidente fue el obispo chileno, Manuel Larraín.

5.5.2. Medellín.
Purificarse en el Espíritu del Evangelio.

El tema del encuentro fue *La presencia de la Iglesia en la actual transformación de América Latina, a la luz del Concilio Vaticano II*. El acento que recorre todo el documento es la necesidad de impulsar el desarrollo integral de la persona y la vida social.

Un continente muy convulsionado era el telón de fondo. Son los años de la “revolución en libertad” de Eduardo Frei en Chile, del triunfo de la Revolución Cubana, de los primeros golpes militares (Brasil, 1964), de la guerra de Vietnam (1968), del Mayo Francés y del fracaso de la Alianza por el Progreso del gobierno estadounidense.

El documento final ha sido calificado de “profético”, ya que supo captar la realidad del continente y dar una lectura y respuesta desde la fe en Jesús a esa misma realidad. Los obispos expresaron abiertamente su compromiso por **“purificarse en el espíritu del Evangelio”** y de **“terminar la separación entre la fe y la vida, porque en Cristo Jesús lo único que cuenta es <la fe que obra por medio del amor>”**³⁶. Algunos aportes en la línea de la solidaridad son:

- Denuncia de la pobreza y de la violencia institucionalizada que vive el continente, lo que requiere “transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras” en la sociedad (23).
- Indicación de los límites de la transformación de la realidad. Si los cambios sociales y políticos no van acompañados de una conversión de corazón y un cambio de mentalidad, no se logrará una liberación verdadera (1,3).
- Los pastores quieren que se presente cada vez más nítido en Latinoamérica el rostro de una Iglesia auténticamente pobre³⁷, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo hombre y de todos los hombres. “La indigencia de la Iglesia, con la decorosa sencillez de sus formas, es un testimonio de fidelidad evangélica; es la condición, alguna vez imprescindible, para dar crédito a su propia misión; es un ejercicio, a veces sobrehumano, de aquella libertad de espíritu, respecto a los vínculos de la riqueza, que aumenta la fuerza de la misión del apóstol”³⁸.

“En este contexto, una Iglesia pobre:

- Denuncia la carencia injusta de los bienes de este mundo y el pecado que la engendra;

³⁶ Mensaje a los pueblos de América Latina, n° 6.

³⁷ “Este compromiso nos exige vivir una verdadera pobreza bíblica que se exprese en manifestaciones auténticas, signos claros para nuestros pueblos. Sólo una pobreza así transparentará a Cristo, Salvador de los hombres, y descubrirá a Cristo, Señor de la historia”. *Ibid.*

³⁸ Medellín, III - Orientaciones sociales.

- Predica y vive la pobreza espiritual, como actitud de infancia espiritual y apertura al Señor;
 - Se compromete ella misma en la pobreza material. La pobreza de la Iglesia es, en efecto, una constante de la Historia de la Salvación” (14,5).
- Esta búsqueda será la base de la opción por los pobres que señalará solemnemente la Conferencia de Puebla.

Con Medellín la iglesia se acerca decididamente al los marginados. El pobre y los problemas sociales pasaron al primer plano de la práctica y reflexión eclesial, preparando el camino para lo que ocurriría en Puebla.

5.5.3. Puebla.

Una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres.

Convocada bajo el lema “La evangelización en el presente y futuro de América Latina”, el encuentro enfrentaría una realidad distinta de la de Medellín, más dolorosa y extrema. El continente se encuentra sometido a dictaduras militares que funcionan bajo la doctrina de la “seguridad nacional”, con graves consecuencias de opresión y violación sistemática de los derechos humanos. Al interior de la Iglesia hay tensión entre conservadores y progresistas. Algunos sectores de la Iglesia apoyan las dictaduras militares, mientras otros combaten la opresión con protestas o instituciones de ayuda, como la Vicaría de la Solidaridad o el Movimiento Sebastián Acevedo en nuestro país.

El documento final recoge esta rica reflexión y aporta iluminadores elementos en la línea de la solidaridad:

- Contiene y provoca en el resto del continente una profunda reflexión, centrada en el hombre y en la búsqueda de su dignidad. La tarea de la promoción humana, apoyada en la Doctrina Social de la Iglesia, se constituyó así en un rico lugar teológico.
- Confirma la opción por los pobres de Medellín y profundiza en el diálogo acerca de la construcción de un nuevo modelo eclesial: una Iglesia pobre material y espiritualmente, que da el primer lugar a los pobres, los marginados y los oprimidos, para optar por ellos. “Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres... Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral” (1134)³⁹.

³⁹ Cf. 382, 707, 753, 769, 1134, 1217, 1144, 711, 1145, 1165.

- Muestra el rostro de una Iglesia profética y servidora del mundo, que quiere estar presente en la vida y en las tareas temporales, iluminándolas con la luz de Cristo (227, 1213, 74); Iglesia preocupada por la edificación de comunidades cristianas, al ser las comunidades eclesiales de base su expresión privilegiada (239, 96, 648, 156).
- La evangelización debe fomentar el desarrollo y la liberación integral de los pueblos de América Latina, a través del mensaje y la acción liberadora de Jesucristo.

5.5.4. Santo Domingo.

Iglesia, portadora de la vida y la esperanza.

Con ocasión de la conmemoración de los 500 años de evangelización del continente, el episcopado se reúne bajo el lema “Nueva Evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre (Heb 13,8)”. Trece años han pasado desde Puebla y la realidad ha cambiado. La mayoría de los países han dejado atrás los años de dictadura y las democracias comienzan a desarrollarse lentamente o se inician procesos de transición. Los movimientos sociales han bajado su intensidad y la disminución de la participación social está en marcha.

Nuevamente la Iglesia reflexiona esta realidad bajo el impulso del Espíritu. El acento principal del documento final es la persona y el mensaje de Cristo. Desde esa aproximación se propone impulsar una nueva evangelización que aliente una más profunda promoción humana y sea instrumento de la configuración de una cultura cristiana. De este modo, se continuaron definiendo las características de la Iglesia de nuestro continente. Algunos de sus principales aportes en la línea de la solidaridad son los siguientes:

- La Iglesia quiere dar un testimonio auténtico de pobreza evangélica en su estilo de vida y en sus estructuras y se compromete a una opción evangélica y preferencial por los pobres, opción que se constituye en la luz que inspira toda acción evangelizadora en el Continente (178).
- Como Iglesia quiere prestar especial atención a las mujeres, para destacar sus valores como personas, crear espacios de participación para ellas en la Iglesia y en la sociedad y favorecer los medios que garanticen una vida digna para las más expuestas y explotadas (104-110).
- Aborda la situación trágica de injusticia y de sufrimiento, de desigualdad social, de pobreza, de violencia y de marginación (23, 24, 26) que viven millones de personas en el Continente y que reclama acciones concretas en relación con la promoción humana. “Las situaciones trágicas de injusticia y sufrimiento de nuestra América, que se han agudizado más después de Puebla, piden respuestas que sólo podrá dar una Iglesia, signo de reconciliación y portadora de la vida y la esperanza que brotan del Evangelio (23).

- Antes esto se hace urgente la solidaridad con los más empobrecidos (164-227):
 - Privilegiando el servicio fraterno a los más pobres entre los pobres y ayudar a las instituciones que cuidan de ellos: los minusválidos, enfermos, ancianos solos, niños abandonados, encarcelados, enfermos de sida y todos aquellos que requieren la cercanía misericordiosa del “buen samaritano”.
 - Revisando actitudes y comportamientos personales y comunitarios, así como las estructuras y métodos pastorales, a fin de que no alejen a los pobres sino que propicien la cercanía y el compartir con ellos.
 - Promoviendo la participación social ante el Estado, reclamando leyes que defiendan los derechos de los pobres” (180).

5.5.5. A modo de síntesis.

“Para conocer a Dios es necesario conocer al hombre” (Medellín, 1).

En este breve recorrido, destaca como preocupación permanente **la persona humana**, invitada a su plena realización y desarrollo en Cristo. Ya desde *Río* se advierte un claro interés por la situación de los hombres y mujeres latinoamericanos. En *Medellín, Puebla y Santo Domingo* se planteará una perspectiva antropológica de clara raíz cristocéntrica. Debe subrayarse en ese sentido la sintonía especial con la *Populorum progressio* y su propuesta de un desarrollo integral que lleve a la persona a pasar de condiciones menos humanas a condiciones más humanas, hasta llegar a la estatura del Señor Jesús, así como con la *Gaudium et spes*, sobre todo con el significativo pasaje que señala que «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado». Conviene explicitar también la plena sintonía sobre todo entre *Medellín, Puebla y Santo Domingo*, en la afirmación de que el ser humano es el centro de la vida social y cultural, y de que sólo encuentra su sentido pleno en el Señor Jesús:

“Jesús ordenó a sus discípulos que repartieran el pan multiplicado a la muchedumbre necesitada, de modo que «comieron todos y se saciaron» (cf. *Mc* 6,34-44). Curó a los enfermos, «pasó la vida haciendo el bien» (*Hch* 10,38). Al final de los tiempos nos juzgará en el amor (cf. *Mt* 25).

Jesús es el buen samaritano (cf. *Lc* 10,25-37) que encarna la caridad y no sólo se conmueve, sino que se transforma en ayuda eficaz. Su acción está motivada por la dignidad de todo hombre, cuyo fundamento está en Jesucristo mismo como Verbo creador (cf. *Jn* 1,3), encarnado (cf. *Jn* 1,14)” (*Santo Domingo*, 159).

En *Río* se descubre esta preocupación por el ser humano en su convivencia social, especialmente por los más necesitados⁴⁰. En *Medellín* hay un planteamiento más preciso fundado en la enseñanza conciliar. Así, en la *Introducción* a las conclusiones se dice: «La Iglesia Latinoamericana, reunida en la II Conferencia General de su Episcopado, centró su atención en el hombre de este continente, que vive un momento decisivo de su proceso histórico. De este modo ella no se ha “desviado” sino que se ha “vuelto” hacia el hombre, consciente de que “para conocer a Dios es necesario conocer al hombre”»⁴¹. Existe una clara intención de alentar una promoción integral del ser humano, tomándolo en cuenta de manera concreta y a la vez en la totalidad del hombre.

En *Puebla* se ofrece un desarrollo teológicamente más fundamentado en clave cristológica. Hay una opción por el ser humano que recorre todo el documento. La fundamentación en la *Gaudium et spes* y en la *Populorum progressio* es clara y explícita. Cabe destacar que el documento le dedica un acápite al tema de «La verdad sobre el hombre»⁴². En él, por ejemplo, se señala: «En el misterio de Cristo, Dios baja hasta el abismo del ser humano para restaurar desde dentro su dignidad. La fe en Cristo nos ofrece, así, los criterios fundamentales para obtener una visión integral del hombre» (305).

A su vez en *Santo Domingo* el tema tiene un lugar central sobre todo a partir de la promoción humana y desde la clave cristocéntrica ya planteada en su significativa Profesión de fe. Sigue igualmente de cerca el pasaje de la *Gaudium et spes* aplicándolo ya no sólo a la vida social sino también a la cultura⁴³.

⁴⁰ Cf. Río, 79. Declaración III.

⁴¹ Medellín, Introducción, 1.

⁴² Puebla, La verdad sobre el hombre: La dignidad humana, números 304ss.

⁴³ Cf. Santo Domingo, 13 y 228ss; 157-159.

6. Aparecida y la Espiritualidad de la Solidaridad.

Haber redescubierto la dimensión discipular de la Iglesia entera, y que esta dimensión es inseparable del anuncio gozoso de la resurrección de Jesús, es sin duda, una de las mayores aportaciones de Aparecida. Se trata de una Iglesia puesta a los pies del Señor, Camino, Verdad y Vida, para que nuestros pueblos tengan vida en Él. Esta intuición, en el proceso preparatorio, durante el encuentro y después de él significará una vuelta decidida a las fuentes bíblicas, manantial inagotable de espiritualidad. Por la misma razón, el discipulado-misionero es de una profunda riqueza para la espiritualidad cristiana en nuestros días.

En el santuario de Aparecida –y en la tienda de los mártires-⁴⁴, la Iglesia se puso a la escucha del Espíritu y de los signos de los tiempos y, tocada en lo profundo por las nuevas circunstancias culturales, ha querido buscar y elaborar un camino espiritual que permita hacer vida las nuevas reflexiones sobre la sociedad, la Iglesia, la Biblia, los ministerios, la misión, el diálogo ecuménico e interreligioso, etc.

Dos preocupaciones están latentes: que en el continente haya más vida y que esa vida sea más cristiana. Esto pasa por recuperar un discipulado misionero que sea vigoroso testimonio de la fe y que pueda entonces, animado por el Espíritu de Jesús, contagiar la vida de Cristo. Por eso la espiritualidad de la solidaridad que nos propone Aparecida es un dinamismo que nos hace creativos, nos renueva por dentro, nos lleva a renacer, a recrear; a cambiar el ambiente, las personas y las estructuras. Todo esto es posible y necesario para que el mundo nuevo sea distinto y la justicia se haga realidad. Para ello hay que juntar cultura y religión, fe y vida, Biblia y realidad; hay que hacer un camino.

¿Cuáles son los pilares espirituales a partir de los cuales el discípulo misionero se propone anunciar a la sociedad la vida de Cristo? Es lo que queremos presentar brevemente en este apartado.

6.1. Una espiritualidad de discípulos misioneros.

La palabra *espiritualidad* aparece 30 veces en el Documento; son pocas. Se repite de una manera especial en el Capítulo VI: El itinerario formativo de los discípulos misioneros. El rasgo más novedoso de la espiritualidad de Aparecida es su dimensión misionera: “Es necesario formar a los discípulos en una espiritualidad de la acción misionera, que se basa en la docilidad al impulso del Espíritu, a su potencia de vida que moviliza y transfigura todas las dimensiones de la existencia” (284). Haciendo notar la docilidad del discípulo al movimiento

⁴⁴ Se sabe que el contexto de fe y de esperanza del pueblo que acudió a Aparecida influyó mucho en el encuentro y su documento.

que en él genera el Espíritu. El mismo párrafo repite esta idea: “El discípulo y misionero, movido por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu...”

El primer rasgo de la espiritualidad del discípulo misionero es el llamado a **hacer que la vida de Cristo sea la vida de nuestros pueblos** (DA, III Parte). Por lo tanto, el encuentro con Cristo es el momento fundante del discipulado y evidentemente, de la espiritualidad que lo caracteriza. Por esa razón no hay discípulo, ni menos una espiritualidad cristiana, sin un encuentro con Jesucristo ya que *"No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva"* (243). He aquí una certeza que recoge fielmente la verdad que el Nuevo Testamento atestigüa ricamente: con el encuentro con Cristo –que es iniciativa del propio Jesús– comienza cualquier proceso de conversión, comunión y solidaridad⁴⁵.

El Documento señala “lugares” donde se encuentra a Jesús y que son inicio de ese camino: la Palabra de Dios (247-249), la Liturgia (250-255), la Comunidad fraterna (256) y “de un modo especial en los pobres, afligidos y los enfermos” (257). Y continúa aclarando que la iniciación en una espiritualidad la llevan a cabo los maestros y maestras; los que ya son discípulos misioneros. Entre ellos se presenta a María y se describe con mucho acierto su labor formadora (266-272). Maestros son, también, los apóstoles y los santos y santas, y los grandes misioneros de ayer y de hoy.

Vivido el encuentro con Cristo, el discípulo entra en una dinámica en la que va haciendo suyos paulatinamente los rasgos de esta espiritualidad. Aparecida traza el camino, consciente de que no basta con el acontecimiento aislado, sino que es necesario un proceso, con etapas y/o dimensiones (278):

“a) El Encuentro con Jesucristo: Se ha de descubrir el sentido más hondo de la búsqueda, y se ha de propiciar el encuentro con Cristo que da origen a la iniciación cristiana...Sólo desde el *kerygma* se da la posibilidad de una iniciación cristiana verdadera. Por eso, la Iglesia ha de tenerlo presente en todas sus acciones.

b) La Conversión: Es la respuesta inicial de quien ha escuchado al Señor con admiración, cree en Él por la acción del Espíritu, se decide a ser su amigo e ir tras de Él, cambiando su forma de pensar y de vivir, aceptando la cruz de Cristo, consciente de que morir al pecado es alcanzar la vida...

c) El Discipulado: La persona madura constantemente en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús maestro, profundiza en el misterio de su persona, de su ejemplo y de su doctrina...

⁴⁵ Cf. Tapia, F., La espiritualidad de los discípulos y discípulas misioneros, en Colección “Aparecida, discípulos misioneros al servicio de la vida”. Tiberíades, n° 4, p. 11.

d) La Comuni3n: No puede haber vida cristiana sino en comunidad... Como los primeros cristianos, que se reunían en comunidad, el discípulo participa en la vida de la Iglesia y en el encuentro con los hermanos, viviendo el amor de Cristo en la vida fraterna solidaria. También es acompañado y estimulado por la comunidad y sus pastores para madurar en la vida del Espíritu.

e) La Misión: El discípulo, a medida que conoce y ama a su Señor, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ser enviado, de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios...”

En el transcurso de todas estas etapas, la realidad se presenta purificando y desafiando al creyente y es iluminada desde la Palabra, como lugar permanente de encuentro con Cristo. En la lógica de la Conferencia, **hay que iniciar en una espiritualidad para la misión y la misión misma nos irá haciendo hombres y mujeres del Espíritu.**

Será precisamente la acción del Espíritu en nosotros la que nos inserte en “la dinámica del Buen Samaritano que nos da el imperativo de hacernos prójimos, especialmente con el que sufre, y generar una sociedad sin excluidos siguiendo la práctica de Jesús que come con publicanos y pecadores (cf. Lc 5,29-32) que acoge a los pequeños y a los niños (cf. Mc 10,13-16), que sana a los leprosos (cf. Mc 1,40-45) que perdona y libera a la mujer pecadora (cf. Lc 7,36-49; Jn 8,1-11), que habla con la Samaritana (cf. Jn 4,1-26)” (135).

El mismo Espíritu nos hace asumir el estilo de vida de Jesús, aprendiendo y practicando las bienaventuranzas del Reino e imitando el amor entrañable que tuvo Jesús con su Padre y con todas las personas, haciéndose solidario con el dolor humano y siendo cercano a los pobres y pequeños. Ponemos la mirada en Jesús, tal como lo presentan los Evangelios para apropiarnos de su práctica y discernir lo que debemos hacer en las actuales circunstancias.⁴⁶

6.2. La misión de los discípulos al servicio de la vida plena.

La espiritualidad del discípulo está hondamente marcada por un impulso misionero irrevocable. En el seno de este ardor misionero está el deseo de anunciar a todos el amor del Padre que quiere que todos y todas seamos sus hijos para regalarnos vida (348). Detrás de este amor desbordante, está también la constatación de que ninguna persona quiere andar por sombras de muerte, sino que busca sedienta los caminos de realización, de felicidad, de vida (350) y los discípulos anuncian que esa vida se encuentra en Cristo de manera plena y abundante.

⁴⁶ Cf. Tapia, F., *op. cit.*, pp. 13-14.

El discípulo encontrará entonces, en el seguimiento de Jesús, el hilo conductor de una espiritualidad misionera portadora del amor de Dios que vivifica, precisamente porque él mismo vive la vida que comunica y se da cuenta de que no es posible una vida según el Espíritu, sin la ayuda de la gracia de Dios que apela siempre a una acogida confiada por la fe (349)⁴⁷.

Se trata de una espiritualidad misionera al servicio de la vida. Por esa razón no se puede separar la experiencia del amor de Dios de la práctica cotidiana del amor al prójimo. Aparecida subrayará numerosas veces este aspecto y nos invitará a dejarnos animar por el deseo de “suprimir las graves desigualdades sociales y las enormes diferencias en el acceso a los bienes” (358). En este sentido, insistirá en que el anuncio del Evangelio incluye la preocupación por desarrollar estructuras para construir una sociedad más justa en un contexto de servicio fraterno a la vida digna. De ahí que, el creyente que no considera su labor como un dinamismo de liberación integral, de humanización, de reconciliación y de inserción social, no está ofreciendo la vida que Cristo quiere para nuestros pueblos y desconoce el corazón del Evangelio de Jesús. Estos aspectos son esenciales a la espiritualidad de la solidaridad y la vivencia de ellos el discípulo crece y se llena de alegría porque “los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás”. (360) Por ello “el buen misionero es un buen samaritano. Ama a todos y con más intensidad a los que son menos queridos. Pone amistad y cariño, ternura y compasión en su tarea. Sabe que le tiene que animar la imaginación de la caridad. Su tarea es poner amor y recibir amor”⁴⁸.

Una espiritualidad así exige **entrar en un camino de conversión, tanto personal, como comunitaria y estructural**. Es tal el convencimiento de que la espiritualidad del discípulo esta marcada por el celo misionero que todas las estructuras, planes pastorales, parroquias, movimientos, es decir toda la Iglesia debe dejarse impregnar de este dinamismo, esto significa incluso abandonar todo aquello que esta obsoleto y que dificulte el anuncio de la vida de Cristo. Los pastores destacan con esto uno de los rasgos más bellos de la espiritualidad cristiana, la necesidad de una permanente actitud de conversión, tanto personal como pastoral, que agudicé el *oído espiritual* para percibir lo que el Espíritu está diciendo a la vida y a la Iglesia (cf. Ap 2,29) (365).

Esto implica vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación que sea principio educativo en todos los lugares donde se forman la personas, en cualquier ámbito y no sólo en los intraeclesiales.

⁴⁷ Aparecida dirá: “Esto es lo primero que necesitamos anunciar y también escuchar, porque la gracia tiene un primado absoluto en la vida cristiana y en toda la actividad evangelizadora de la Iglesia: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 Co 15, 10)”. (348).

⁴⁸ Arnaiz, J.M. Una espiritualidad para un despertar misionero. En “Aparecida, Renacer de una esperanza.” Amerindia. 2007. p. 236.

Estos rasgos de la espiritualidad discipular nos ayudarán a ir haciéndonos sensibles a la presencia del Espíritu. Los pastores nos ofrecen un elenco de signos que testimonian esa presencia (374):

- a) La presencia de los valores del Reino de Dios en las culturas, recreándolas desde dentro para transformar las situaciones antievangélicas.
- b) Los esfuerzos de hombres y mujeres que encuentran en sus creencias religiosas el impulso para su compromiso histórico.
- c) El nacimiento de la comunidad eclesial.
- d) El testimonio de personas y comunidades que anuncian a Jesucristo con la santidad de sus vidas.

Por este sendero espiritual nos abrimos a todas las personas, culturas y verdades para establecer con ellas un diálogo afectuoso, lleno de la calidez del contacto humano propia de quienes han descubierto los caminos de vida que brota del encuentro con el Señor de la Vida.

6.3. Reino de Dios y promoción de la dignidad humana.

El capítulo octavo del Documento de Aparecida: “Reino de Dios y promoción de la dignidad humana”, aborda de manera más directa la solidaridad, aportando valiosos elementos para la espiritualidad cristiana.

Es uno de los capítulos más interesantes de todo el Documento, pues recoge algunos temas de la tradición de Medellín y Puebla, como la opción por los pobres y los *rostros sufrientes*. Ha sido estructurado destacando algunos ámbitos y prioridades que desafían una nueva cultura de la solidaridad: Reino de Dios, Justicia Social y Caridad Cristiana (382-386); la Dignidad Humana (387-390); la Opción preferencial por los pobres y excluidos (391-398); una renovada pastoral social para la promoción humana integral, (399-405); globalización de la solidaridad y justicia internacional (406) y rostros sufrientes que nos duelen (407-430), retomando el tema tan elocuente que comenzó en Puebla, siguió en Santo Domingo y ahora se actualiza en Aparecida: personas que viven en la calle en las grandes urbes, migrantes, enfermos, adictos dependientes, detenidos en las cárceles, etc. Todos temas que deberán profundizarse si queremos responder adecuadamente a estos nuevos “signos de los tiempos”.

En la tarea de dignificar a todo ser humano, hay una predilección especial por los más empobrecidos. En este punto los pastores, siguiendo al Papa, harán suya la declaración que hiciera el Papa en el discurso inaugural y que pone un sólido fundamento teológico a esta opción. El documento dirá que “la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza” (392), es decir, quien desconoce al pobre desconoce al propio Cristo, porque “todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo” (393).

De este modo, lo que está puesto al centro de las preocupaciones eclesiales, sociales y culturales es la persona humana. Por esa misma razón, el anuncio no puede prescindir de la cultura actual. Es necesario conocerla, examinarla, adaptar nuestros lenguajes tanto para dialogar con ella como para ser capaces de proponer modelos culturales alternativos para la sociedad actual (480) que estén de acuerdo con el proyecto de Dios (505).

Aparecida nos dibuja una espiritualidad dinámica e integradora. Una espiritualidad que sostiene y anima a los que creen que otro mundo, otra sociedad, otra Iglesia es posible porque Cristo ha pasado de la muerte a la vida. Esa es nuestra fe. Y para eso ofrece un camino. “En una palabra, *esta espiritualidad es cristiana, comunitaria, misionera, pascual y profética*. Quienes siguen este camino encuentran que es una espiritualidad sana, vigorosa y sólida (309 y 316)”⁴⁹.

En síntesis:

- Aparecida nos descubre la intrínseca vinculación entre discipulado y misión, como dos caras de la misma moneda. El discípulo o es misionero o no es discípulo. Al mismo tiempo sólo puede ser misionero quien es discípulo.
- Movidos por el impulso y el ardor que proviene del Espíritu, los(as) discípulos misioneros anuncia la Vida de Cristo. No se puede separar la experiencia del amor de Dios, acontecida en Jesús, de la práctica cotidiana del amor al prójimo, para que éste tenga en Cristo vida en abundancia.
- Este celo misionero supone una revisión de todos los ámbitos tanto personales como estructurales que facilitan o dificultan la espiritualidad misionera, para entrar decididamente en un camino de conversión.
- El discípulo misionero hace suya la tarea de dignificar a todas las personas, con una especial predilección por aquellos que son más empobrecidos y excluidos.

7. Testimonios y experiencias de espiritualidad solidaria.

7.1. Madre Teresa de Calcuta.

“El fruto de la fe es el amor. Y el fruto del amor es el servicio al prójimo”.

7.1.1. Apunte Biográfico.

⁴⁹ Arnaiz, J.M. Una espiritualidad para un despertar misionero, en “Aparecida. Renacer de una esperanza”. Fundación Amerindia, 2007. p. 225.

Nació el 26 de agosto de 1910 Albania. Fue bautizada con el nombre de Gonxha Agnes. A los 18 años, animada por el deseo de hacerse misionera, ingresó al Instituto de la Bienaventurada Virgen María, conocido como Hermanas de Loreto, en Irlanda. El 24 de mayo de 1937, la Hermana Teresa hizo su profesión perpetua y desde ese momento se la llamó *Madre Teresa*. El 7 de octubre de 1950 funda la congregación de las Misioneras de la Caridad. El 5 de septiembre, la vida terrena de Madre Teresa llegó a su fin. A menos de dos años de su muerte, a causa de lo extendido de su fama de santidad, el Papa Juan Pablo II permitió la apertura de su Causa de Canonización. Sus restos descansan entre los pobres de Calcuta.

Toda la vida y el trabajo de Madre Teresa fue un testimonio cercanía con Jesús y de la alegría de amar, de la grandeza y de la dignidad de cada persona humana, del valor de las cosas pequeñas hechas con fidelidad y amor, y del valor incomparable de la amistad con Dios. En su camino fue descubriendo el valor humano que hay en cada pobre.

Pero, existía otro lado heroico de esta mujer que salió a la luz solo después de su muerte. Oculta a todas las miradas, oculta incluso a los más cercanos a ella, su vida interior estuvo marcada por la experiencia de un profundo, doloroso y constante sentimiento de separación de Dios, incluso de sentirse rechazada por Él. Ella misma llamó "*oscuridad*" a su experiencia interior. La "*dolorosa noche*" de su alma, que comenzó más o menos cuando dio inicio a su trabajo con los pobres y continuó hasta el final de su vida, condujo a Madre Teresa a una siempre más profunda unión con Dios.

Algunas de sus reflexiones:

"Somos contemplativas"

"Somos contemplativas, pues rezamos nuestro trabajo. Desempeñamos un trabajo social, pero somos mujeres consagradas a Dios en el mundo de hoy. Hemos confiado nuestra vida a Jesús, como Jesús nos ha dado su vida en la Eucaristía. **El trabajo que realizamos es importante, pero lo importante no es la persona que hace ese trabajo. Hacemos esto por Jesucristo, porque lo amamos.** No somos capaces de hacer todo. De todos modos, yo rezo siempre por todos los que se preocupan por las necesidades y miserias de los pueblos. Muchas personas ricas se han unido a nuestra acción. Personalmente no tenemos nada. Vivimos de la caridad y por la caridad"⁵⁰.

"El Amor, Fuerza de la Reconciliación"

"Un joven estuvo agonizando por tres días y no podía morir. La hermana le preguntó: "¿Qué cosa es lo que te preocupa?, ¿qué te duele?, ¿qué cosa es lo que te impide morir? Yo deseo ayudarte". Y el joven respondió. "Hermana, no puedo morir hasta que no le haya pedido perdón a mi padre". La hermana averiguó donde vivía el padre y lo trajo por avión a donde su hijo estaba. Fue

⁵⁰ Ibid.

una hermosa y viva realidad de la parábola del hijo pródigo. El padre que abraza a su hijo y perdona y el hijo que pide perdón: una viva reconciliación”⁵¹.

“Ellos también tienen hambre”

“Un hombre vino a nuestro hogar y dijo: " Madre Teresa, hay una familia que no ha comido por mucho tiempo. Haga algo." Así es que tomé algo de arroz y fui inmediatamente. Y vi a los niños, sus ojos brillaban de hambre. No se si alguna vez han visto hambre. Yo si y con mucha frecuencia. Y la Madre de la familia tomó el arroz que les di y fue afuera. Cuando regresó, le pregunté: "¿Adonde fue? ¿qué fue lo que hizo?" Y me dio una respuesta muy sencilla: "Ellos también tienen hambre." Lo que me impactó fue que ella sabía eso, y quienes eran también. Una familia de Musulmanes, y ella lo sabía. No traje más arroz esa tarde porque quería que ellos, Hindúes y Musulmanes, disfrutaran de el gozo de compartir. Y los niños irradiaban gozo, compartiendo el gozo y la paz con su Madre porque ella supo amar hasta que le dolió”⁵².

7.1.2. Notas para la espiritualidad.

Tres valores que la Madre Teresa hizo resplandecer:

- El valor de las cosas pequeñas hechas con fidelidad y amor.
- El valor incomparable de la amistad con Dios, aun en la “noche oscura del alma” cuando pareciera que se está solo(a). Dios nunca abandona.
- El valor humano que hay en cada pobre y la maravilla que se esconde en sus corazones.

7.2. Clotario Blest Riffo. “Ahí está mi maestro”.

7.2.1. Apunte Biográfico.

Nace en Santiago el 17 de noviembre de 1899. Estudia como becario en el Seminario de Santiago, donde recibió la influencia del pensamiento social cristiano. A los 19 años abandonó el seminario y tres años después comienza a trabajar en la Tesorería General de la República. En esa misma época frecuentaba las conferencias del fundador del movimiento obrero chileno Luis Emilio Recabarren. Entre sus obras se cuenta la creación de la Liga Social de Chile (1931), Asociación Deportiva de Instituciones Públicas - ADIP (1938), Asociación Nacional de Empleados Fiscales - ANEF (1943), la Central Única de Trabajadores - CUT (1953). Además colabora con la creación de la Agrupación

⁵¹ Discurso de la Madre Teresa de Calcuta, Fundadora de las Misioneras de la Caridad en el IV Congreso sobre la Reconciliación en Tiempos de Pobreza y Violencia. Lima-Perú 1989.

⁵² Discurso durante el “Desayuno Anual de Oración”. Washington, D.C. 4 de Febrero de 1994.

de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Ejecutados Políticos, cuya sede estuvo por años en su propia casa. Sus últimos años es acogido por los sacerdotes franciscanos. Muere en Santiago el 31 de mayo de 1990⁵³.

Creatividad es una de las cualidades que bien define a Clotario Blest. Echó mano de ella para dar respuesta a las necesidades sociales que le tocó enfrentar. Los años en torno a la década del 40 consideraron la prohibición de crear sindicatos, por esa razón es que Clotario se aboca a la fundación de clubes deportivos y culturales, fruto de esta labor es la mencionada ADIP, que junto con la Liga Social de Chile irán preparando el camino para el movimiento gremial de Chile.

Había en lo profundo, un gran deseo de mejorar las condiciones sociales, culturales y económicas de los trabajadores. Todos estos esfuerzos cristalizarán en la CUT. A través de ella se dará cauce a la lucha por los derechos de los trabajadores, más allá de las diferencias e intereses políticos.

Se destacó siempre por sus encendidos discursos, por su orientación cristiana y por la consecuencia de su lucha. Por ello fue continuamente perseguido, cayendo más de una veintena de veces en la cárcel.

Algunas de sus palabras:

“La clase obrera resucitará”. ENTREVISTA realizada por Luis Mesina Marín. Mayo de 1983⁵⁴.

L. M.: Detrás de usted está la imagen de Cristo...

Clotario: “Ahí está mi maestro. Él lucho por los pobres sin ninguna ambición”.

L.M.: ¿Cómo evalúa el momento actual?

Clotario: “Ahora usted sabe lo que dijo el Cardenal Silva Henríquez: “Atravesamos por un período de crisis moral”. Lo que pasa es que la gente de cierta edad que está actuando está totalmente absorbida por el sistema y la mueve sólo la plata. Quienes pueden levantar la bandera de la libertad, son los jóvenes... Todos están por una posición unitaria. Libertad, justicia y fraternidad, tres principios que jamás deben faltar”.

L.M.: ¿Cuál cree que es la perspectiva del movimiento sindical chileno?

Clotario: “Tarde o temprano llegará la unidad y seremos un gran movimiento juvenil. Que la juventud salga a hacer frente a los problemas y se ponga a la cabeza de todos los trabajadores chilenos. Y le advierto que *la clase trabajadora resucitará.*”

7.2.2. Notas para la espiritualidad.

Clotario Blest es hoy una figura emblemática de la historia reciente. Respetada por todos los grupos políticos chilenos, tanto por su obra como

⁵³ En http://es.wikipedia.org/wiki/Clotario_Blest

⁵⁴ Entrevista completa en <http://www.elciudadano.cl/2007/06/03/homenaje-a-clotario-blest/>

dirigente sindical, como por su vida ejemplar en pro de los derechos humanos y de los trabajadores de Chile.

En él se visualiza:

- Un dinamismo interior, de origen cristiano, que lo hace **poner la mirada en las necesidades de los demás**, convirtiéndolo en un luchador incansable por que en nuestro país pudiera haber mejores condiciones para la vida de los trabajadores. Hay detrás una preocupación por el hombre y la mujer, en su dignidad fundamental.
- Una experiencia de vida en la que **pensamiento y acción van unidos**. A cada una de sus intuiciones la sigue una acción que la pone en práctica.
- Una **vida fundamentada en la persona de Cristo**, desde donde brota el compromiso por los pobres. “Ahí está mi maestro” dirá hacia el final de sus días. Y como Jesús, Clotario se da cuenta de que vale la pena luchar por ellos, teniendo como única ambición su promoción y desarrollo.

7.3. Obispo Enrique Alvear. “Cristo me ha enviado a evangelizar a los pobres”.

7.3.1. Apunte biográfico.

Monseñor Enrique Alvear Urrutia nace en Cauquenes en 1916. 1941 fue ordenado sacerdote. El cardenal Raúl Silva Henríquez, recién nombrado arzobispo de Santiago, le pidió en 1961 que asumiera como uno de sus vicarios generales. En 1963 es nombrado Obispo auxiliar de Talca. En 1965 se le confió la diócesis de San Felipe. En 1973 renunció a la diócesis y fue pedido por el cardenal Silva como obispo auxiliar de Santiago. Luego de un año como vicario episcopal de la zona Oriente, asumió en 1975 como vicario de la Zona Oeste hasta su muerte, el 29 de abril 1982. Sus restos descansan en la parroquia San Luis Beltrán, ubicada en la Zona Oeste de la Arquidiócesis.

Don Enrique Alvear fue un hombre de Dios. Buscó a lo largo de su vida ser fiel al llamado que le hiciera a seguir el camino de su Hijo. En un retiro espiritual que realizó en 1980 escribe lo siguiente: “Siento que a través de mi vida, el Señor me ha ido llevando hasta este último período de mi vida en la Zona Oeste... *El compromiso con los pobres, mundo obrero y poblacional. Es un verdadero éxodo. Por aquí pediré luz al Señor y buscaré*”⁵⁵.

Durante los últimos ocho años de su vida, logró llevar a una profunda expresión la unión mística de Jesús y los pobres al acentuar la figura positiva del Cristo solidario. En los tiempos más violentos de la administración militar,

⁵⁵ Archivo E. Alvear. Ejercicios de Calera de Tango (I – 10/2/1980).

afrontando las consecuencias trágicas de un mundo que no supo ser solidario, supo hacer patente la cálida intimidad de Jesús con las víctimas de la sociedad, cualquiera fuera el origen de su amargura.

El testamento pastoral y espiritual de don Enrique Alvear fue su carta "*Desde Cristo solidario construimos una Iglesia solidaria*", de marzo de 1982. Sistematizando la experiencia de múltiples iniciativas cristianas de base, y de organizaciones populares en general, don Enrique recogió los momentos que dinamizan a la Iglesia: la **solidaridad espontánea, organizada y amplia con los pobres de Chile**.

"Las frases de Don Enrique, colocadas en el recinto de la tumba, nos ayudarán a rezar, a reflexionar en comunidad, a comprometernos más con la causa de los pobres y a profundizar en su rico pensamiento espiritual y teológico – pastoral"⁵⁶.

- "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió" (Juan 4,34) (Una de las frases evangélicas más citadas por Don Enrique en sus homilías y sus escritos).
- "Cristo me ha enviado a evangelizar a los pobres" (Lema episcopal, 1963).
- "Cristo es el Dios hombre que se hace pobre para escuchar "el grito de los pobres", para hacerse su representante y defensor ante el Padre y ante los hombres" (1º de mayo de 1973).
- "Cristo es hijo, es hermano, es Señor" (Invitación a celebrar el Año Santo, 1974).
- "La Iglesia quiere ser el rostro y el corazón y la acción del buen pastor preocupado de sus ovejas heridas" (Homilía durante la huelga de hambre de junio de 1978 a favor de los detenidos desaparecidos).
- "Despierta en ti tu responsabilidad de jugarte por la vida" (Homilía en el 17º aniversario de su ordenación episcopal, 1980).
- "En cada eucaristía Cristo nos hace su cuerpo para continuar realmente su entrega al Padre a través de nuestro servicio evangelizador" (Carta Pastoral sobre la Eucaristía, 1980).
- "El cristiano que lleva el Espíritu de Cristo tiene que dar vida, donde falta vida" (Homilía colegio Santa Ursula, 1981).
- "Desde Cristo solidario construimos una Iglesia solidaria" (Título de su última Carta Pastoral, 1982).
- "Madre, acompáñanos, danos un corazón humilde y lleno de confianza como el tuyo" (3ra meditación, retiro de febrero de 1982).

7.3.2. Notas para la espiritualidad.

La pastoral de don Enrique fue su testimonio de vida en solidaridad con los pobres y su compromiso en la defensa de sus derechos, en la firme convicción

⁵⁶ Selección de textos: Fundación Obispo Enrique Alvear.

que desde Cristo solidario, se construye una Iglesia solidaria. De allí arrancan algunas notas que pueden nutrir nuestra espiritualidad solidaria:

- **Una vida espiritual anclada en el Jesús de los pequeños y los pobres.** No es una casualidad que el lema episcopal que eligiera cuando fue consagrado obispo fuera: “Cristo me ha enviado a evangelizar a los pobres”.
- **Acercarse al Evangelio con sencillez y profundidad.** Cuando Aparecida nos invita a encontrarnos con el Señor en su Palabra, Monseñor Enrique Alvear nos enseña a recorrer las páginas del evangelio con una mirada sencilla y profunda, poniendo la vida de todos los días en sintonía con el mensaje que Dios nos ofrece en la Palabra.
- **Apertura y docilidad a lo que el Espíritu va mostrando,** para orientar la vida en la dirección del querer de Dios, que siempre mira con especial ternura y cariño a los más débiles. Entonces orientados y animados por el espíritu, asumir la tarea de jugarse por la vida.

7.4. San Alberto Hurtado, “Porque el pobre es Cristo”.

7.4.1. Apunte biográfico⁵⁷.

Nace el 22 de enero de 1901. En 1909 ingresa al Colegio Jesuita de San Ignacio, en Santiago. Ingres a la Universidad Católica a estudiar Leyes. En 1923 se recibe de abogado. Inmediatamente ingresa a la Compañía de Jesús el 14 de agosto de 1923 en Chillán. A los 32 años es ordenado sacerdote, el 24 de agosto de 1933, en Bélgica. En 1941 es nombrado asesor de la **Acción Católica**, cargo en el que realiza una labor muy fecunda. En 1944, viendo la realidad de tantos pobres de nuestra patria, funda una de sus obras más conocidas: el **Hogar de Cristo**, lugar de acogida y de educación para los marginados. Su intención es devolver a esas personas su dignidad de chilenos y de hijos de Dios. En 1948, convencido de que la caridad comienza donde termina la justicia y de que los mismos trabajadores tienen que luchar por su dignidad, funda la **ASICH** (Acción Sindical Chilena). Su meta es lograr un orden social cristiano y en 1951, cuando ya la enfermedad estaba minando su cuerpo, funda la **Revista Mensaje**.

Después de haber llevado una vida santa, muere el 18 de agosto de 1952. Sus restos se veneran hoy en el Santuario ubicado junto a la Parroquia Jesús Obrero, de la Zona Oeste.

El Padre Hurtado, acoge la tradición espiritual de la que es hijo y se ocupa de formarse en la enseñanza social de la Iglesia, de la cual adquiere un conocimiento cabal, dedicando gran parte de su actividad a difundirla “con vitalidad, con conexiones inteligentes y con imágenes novedosas. Por esto su

⁵⁷ Disponible en <http://www.padrealbertohurtado.cl>

influjo en la reflexión social católica chilena y latinoamericana ha sido notable.”⁵⁸ El Padre Esteban Gumucio recordará cómo las encíclicas sociales “encendían luces impacientes sobre la política mundial y sobre nuestra pequeña y pujante política de rincón del mundo”.⁵⁹ De este modo Alberto combinó su identidad cristiana, católica y jesuita con la originalidad que brotó de la mirada crítica a la realidad de su tiempo y, en forma especial, del contacto con los pobres. Por eso decimos que el Padre Hurtado fue un “místico social”.

Su ministerio de cada día consistió en la práctica de la regla de oro de la vida religiosa y moral de los cristianos y que consiste en preguntarse, en toda circunstancia, “¿qué haría Cristo en mi lugar?”

Algunas de sus reflexiones:

“Fundamentos del amor al prójimo”. *Discurso a 10.000 jóvenes de la Acción Católica, en 1943.*

“Jóvenes tienen que preocuparse de sus hermanos, de su Patria (que es el grupo de hermanos unidos por los vínculos de sangre, lengua, tierra), porque ser católicos equivale a ser sociales. No por miedo a algo que perder, no por temor de persecuciones, no por anti–algunos, sino que porque ustedes son católicos deben ser sociales, esto es, sentir en ustedes el dolor humano y procurar solucionarlo”.

“El pobre es Cristo”.

“Cristo vaga por nuestras calles en la persona de tantos pobres dolientes, enfermos, desalojados de su mísero conventillo. Cristo, acurrucado bajo los puentes en la persona de tantos niños. ¡Cristo no tiene hogar! ¿No queremos dárselo nosotros? “Lo que hagan al menor de los pequeños, a Mí lo hacen”, ha dicho Jesús”.

“Último mensaje a los amigos del Hogar de Cristo”. *Carta dictada en la Clínica de la Universidad Católica, cuatro días antes de morir, en agosto de 1952.*

“Al partir, volviendo a mi Padre Dios, me permito confiarles un último anhelo: el que se trabaje por crear un clima de verdadero amor y respeto al pobre, porque el pobre es Cristo. “Lo que hicieris al más pequeñito, a mí me lo hacéis” (Mt 25,40)”.

7.4.2. Notas para la espiritualidad.

- **Para Alberto Hurtado, Cristo es simplemente todo:** la razón de su vida, la fuerza para esperar, el amigo por quien y con quien acometer las empresas más arduas para gloria de Dios. Ve a Cristo en los demás

⁵⁸ Costadoat, J. *Pietas et eruditio* en Alberto Hurtado, S.J. En Teología y Vida, Vol. XLVI (2005), pp. 330-331.

⁵⁹ Cf. http://www.padrealbertohurtado.cl/index.php?pp=san_alberto&qq=testimonios&rr=test_10

hombres y mujeres, especialmente en los pobres: “El pobre es Cristo”. Como sacerdote se siente signo personal de Cristo, llamado a reproducir en su interior los sentimientos del Maestro y a derramar en torno suyo, palabras y gestos que animen, sanen y den vida.

- Cuando el P. Hurtado se pregunta “**¿Qué haría Cristo en mi lugar?**”, está revelando el secreto del camino de santidad, de su “ser contemplativo en la acción”. Esa es la regla de oro que conduce su vida. No se trata de imitar mecánicamente lo que hizo Jesús... sino de tener la capacidad de discernir qué haría Él hoy.
- Y cuando exclama “**Contento, Señor, contento**”, expresa su fe en Cristo resucitado. Las veces que pronuncia esta frase, lo hace tras noches de muy breve descanso, de fatigas acumuladas, y con la cruz de la incomprensión de amigos y, a veces, de algunos superiores. Dolores, soledades y acusaciones sin fundamento, envidias, mezquindades... Pero nada le borra la sonrisa de sacerdote crucificado y resucitado con Cristo.
- Al centro de la espiritualidad del P. Hurtado, la **visión de Cristo en el pobre** de acuerdo al mandato evangélico del mismo Jesús (Mt 25,31-46), constituye la experiencia fundante del compromiso activo de caridad y de justicia suyo y de los verdaderos cristianos a favor de los pobres. Su mirada sobre ellos no es una mirada estadística, sino la del evangelio, la del hermano: para él cada pobre, cada vago, cada mendigo es Cristo en persona que carga su cruz. Y como Cristo debemos amarlo y ampararlo. Debemos tratarlo como a un hermano, como a un ser humano, como somos nosotros.

7.5. Raúl, Cardenal, Silva Henríquez. “La caridad de Cristo nos urge”.

7.5.1. Apunte biográfico⁶⁰.

Raúl Silva Henríquez nace en Talca el 27 de septiembre de 1907. Se recibe como abogado en el año 1929. El 28 de enero de 1930 entró al noviciado de la Congregación Salesiana. Fue ordenado sacerdote el 4 de julio de 1938. El papa Juan XXIII lo nombró Obispo de Valparaíso el 24 de octubre de 1959. Su lema episcopal fue: La Caridad de Cristo nos urge (“*Caritas Christi urget nos*”). El 25 de abril de 1961 fue nombrado Arzobispo de Santiago. El Papa Juan Pablo II aceptó su renuncia al Arzobispado por razón de edad, el 29 de septiembre de 1982. Dejó el cargo en 1983 y falleció el 9 de abril del año 1999.

Es importante valorar la permanente defensa que el Cardenal hizo de los Derechos Humanos y de la dignidad del trabajador, a través de la Vicaría de la Solidaridad. Tuvo también en los niños a sus amigos preferidos, para ellos fundó la Aldea de Punta de Talca. Aprendió a amar a Chile: su tierra, su campo, su gente, su historia y su paisaje. Cuando vio a los campesinos que trabajaban las

⁶⁰ La vida de Don Raúl, disponible en: www.cardenalsilva.cl/vida.html

tierras de la Iglesia sin ser propietarios de ellas, organizó, con el Obispo de Talca, la Reforma Agraria, que le costara muchas críticas y sinsabores. Después creó para ellos Inproa (Instituto de Promoción Agraria), para que apoyara a los campesinos con asesoría técnica y crediticia. Creó la Vicaría de la Pastoral Obrera, para que apoyara las organizaciones obreras y formar líderes del mundo popular. Preocupado de una serie de profesionales de gran valor que no tenían dónde investigar y por eso pensaban en emigrar del país, creó la Academia de Humanismo Cristiano.

No es una exageración decir que la mayor pasión del Cardenal a lo largo de su vida ha sido servir a los débiles y postergados”.⁶¹

“El alma de Chile” (Cardenal Raúl Silva H., en Seminario CIEPLAN).

“Chile tiene su alma... ¿qué es, en qué consiste esta tradición; cuáles son los valores que constituyen nuestra Patria en su origen, el cuerpo y la sangre de nuestra gran comunión nacional?

En todo proceso histórico se desenvuelve y revela progresivamente un plan divino. Cristo Resucitado, el mismo ayer, hoy y siempre, está presente en cada paso de nuestra historia, en cada rasgo de nuestra alma. Leer nuestra historia con los ojos de la fe es adentrarse así en una opción vital donde contemplamos el rostro y conocemos la voluntad del Señor de los tiempos”.

7.5.2. Notas para la espiritualidad.

Nos parece que el *Testamento Espiritual*, que dejara el cardenal en los días cercanos a su pascua, es un fresco pozo al que podemos ir a beber para una espiritualidad de la solidaridad.

TESTAMENTO ESPIRITUAL.

“Mi palabra es una palabra de amor. He buscado a lo largo de mi vida amar entrañablemente a mi Señor. A El conocí desde niño. De El me entusiasmé siendo joven. A El he buscado servir como Sacerdote y como Obispo. Si tengo una invitación y un ruego que hacer con vehemencia es precisamente este. Que amen al Señor. Que conozcan su Palabra. Que lo escuchen en la oración. Que lo celebren en los sacramentos. Que lo sirvan en los pobres. Y que pongan en práctica su Evangelio en la vida de todos los días.

Mi palabra es una palabra de amor a la Santa Iglesia. Fue la Iglesia doméstica en mi familia la que me enseñó a orar y a servir. Fue la Iglesia la que me educó en el amor y me regaló la fe. Fue la Iglesia la que me llamó, por el ejemplo de Don Bosco, a servir a los jóvenes y a los pobres. Fue la Iglesia la que me dio

⁶¹ Tomado de “Un hombre providencial” del P. Miguel Ortega en presentación del libro *Nos dijo el Cardenal Silva*, p. 7.

grandes responsabilidades a pesar de mis limitaciones. Fervientemente eso les pido: amen a la Iglesia. Manténganse unidos al Papa y a sus Obispos. Participen activamente en la comunidad eclesial. Tengan misericordia con sus defectos, y sobre todo sepan apreciar su santidad y sus virtudes. Procuren en todo momento que ella proclame con alegría y entusiasmo la Buena Noticia que su Maestro le encargó anunciar a todos.

Mi palabra es una palabra de amor a Chile. He amado intensamente a mi país. Es un país hermoso en su geografía y en su historia. Hermoso por sus montañas y sus mares, pero mucho más hermoso por su gente. El pueblo chileno es un pueblo muy noble, muy generoso y muy leal. Se merece lo mejor. A quienes tienen vocación o responsabilidad de servicio público les pido que sirvan a Chile, en sus hombres y mujeres, con especial dedicación. Cada ciudadano debe dar lo mejor de sí para que Chile no pierda nunca su vocación de justicia y libertad.

Mi palabra es una palabra de amor a los pobres. Desde niño los he amado y admirado. Me ha conmovido enormemente el dolor y la miseria en que viven tantos hermanos míos de esta tierra. La miseria no es humana ni es cristiana. Suplico humildemente que se hagan todos los esfuerzos posibles, e imposibles, para erradicar la extrema pobreza en Chile. Podemos hacerlo si en todos los habitantes de este país se promueve una corriente de solidaridad y de generosidad. Los pobres me han distinguido con su cariño. Sólo Dios sabe cuándo les agradezco sus muestras de afecto y su adhesión a la Iglesia.

Mi palabra es una palabra de amor especial a los campesinos que trabajan con el sudor de su frente y con quienes compartí desde mi infancia. En ellos hay tantos valores que no siempre la sociedad sabe apreciar. Quiero pedir que se los ayude y se los escuche. A ellos les pido que amen y que cuiden la tierra como un hermoso don de nuestro Dios.

Mi palabra es una palabra de amor a los jóvenes. En los primeros y en los últimos años de mi ministerio sacerdotal a ellos les he dedicado de un modo especial mi consejo y mi amistad. Los jóvenes son buenos y generosos. Pero necesitan del afecto de sus padres y del apoyo de sus profesores para crecer por el camino de la virtud y del bien. La Iglesia y Chile tienen mucho que esperar de una juventud que está llamada a amar con transparencia y cuya voz no puede ser desoída.

Mi palabra es una palabra de amor a mis hermanos obispos y a los sacerdotes que con tanto celo sirven a su pueblo. Doy las gracias a quienes colaboraron conmigo en tantas tareas hermosas que emprendimos, primero en la amada Iglesia de Valparaíso, y después en esta muy amada Iglesia de Santiago. A los laicos que tan lealmente me dieron su amistad y su cooperación les deseo que su trabajo sea comprendido y valorado. Que no se cansen en su servicio. Y que cuiden de un modo especial a sus familias.

Mi palabra es una palabra de amor a todos. A los que me quisieron y a los que no me comprendieron. No tengo rencor. Sólo tengo palabras para pedir perdón y para perdonar. Sólo tengo palabras para agradecer tanta bondad que he recibido.

A la Virgen Santa me encomiendo, ya que ella es el Auxilio de los cristianos.

A todos les doy mi bendición en el nombre del Señor”.

RAÚL, CARDENAL, SILVA HENRÍQUEZ.

8. ¿Cómo vivir la espiritualidad de la solidaridad hoy?

¿Cómo vivir la espiritualidad de Cristo en nuestros días? ¿Como llevar a la práctica esa espiritualidad que a lo largo de estas líneas ha quedado iluminada por la experiencia de la solidaridad? Los capítulos anteriores han querido ser un breve recorrido por los distintos aspectos de este tema. Es probable que a lo largo de su revisión, los lectores se hayan ido preguntando como hacer realidad en su propia vida esta espiritualidad de Cristo. Para cada una de esas preguntas hay respuestas diferentes. Cada uno(a) pondrá en diálogo lo que ha descubierto con las circunstancias concretas en las que vive. De allí saldrán, con toda seguridad, los caminos propios de realización de esta vocación.

Teniendo esto en cuenta, queremos a continuación, presentar algunos elementos básicos y muy breves, que puedan facilitar esta vivencia espiritual. No son “recetas”. Quieren ser una ayuda, tal vez una síntesis, para hacer propio, es estos días, el Espíritu que movilizó a Jesús.

8.1. Entrar en la persona de Jesús.

No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Aparecida, 12).

No hay espiritualidad cristiana sin Cristo. Esto que parece una obviedad no es tal, considerando que muchos creyentes se confiesan cristianos, pero en la práctica llevan una vida (y una espiritualidad) desde criterios muy diferentes, y en algunos casos opuestos, a los que el evangelio de Jesús propone. De ahí que sea importante reconocer que la espiritualidad de la solidaridad se vive a partir de un encuentro profundo y permanente con Jesús. El cristiano tiene su identidad en la relación con la persona de Jesús. Ser cristiano es acoger en su vida la persona de Jesús. Por lo tanto, la identidad del cristiano no está en el hacer, sino en la relación con Jesús y, desde la relación con Jesús, empieza a ver qué puede hacer en el plano social, moral y cultural, etc.⁶²

Los pastores en Aparecida confirmarán esta certeza diciendo “En la convivencia cotidiana con Jesús y en la confrontación con los seguidores de otros maestros, los discípulos pronto descubren dos cosas del todo originales en la relación con Jesús. Por una parte, no fueron ellos los que escogieron a su maestro fue Cristo quien los eligió. De otra parte, ellos no fueron convocados para algo (purificarse, aprender la Ley...), sino para Alguien, elegidos para vincularse íntimamente a su Persona (cf. Mc 1,17; 2,14). Jesús los eligió para “que estuvieran con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3,14), para que lo siguieran con

⁶² Cf. Carrasquilla, F. “Charla a los servidores de los enfermos de la Zona Cordillera”, Santiago, abril de 2008.

la finalidad de “ser de Él” y formar parte “de los suyos” y participar de su misión” (131).

El contacto con Jesús, hace que el discípulo entre en la dinámica de la opción por los pobres. Porque “Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo”⁶³. Se trata de una opción ineludible. Implícita en la fe cristológica. Por eso, los cristianos como discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: “Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo”⁶⁴. De nuestra fe en Cristo, brota entonces, la solidaridad “como actitud permanente de encuentro, hermandad y servicio, que ha de manifestarse en opciones y gestos visibles, principalmente en la defensa de la vida y de los derechos de los más vulnerables y excluidos, y en el permanente acompañamiento en sus esfuerzos por ser sujetos de cambio y transformación de su situación”⁶⁵.

Los pastores en Aparecida nos han señalado “lugares” de encuentro con Cristo⁶⁶ –La Biblia, la Liturgia, la Comunidad eclesial, los pobres-. ¿De cuál de ellos me siento más cercano? ¿Cómo puedo enriquecer el contacto con todos esos lugares de encuentro? ¿A través de qué acciones puedo vivir la opción por los pobres como experiencia de encuentro con Cristo?

8.2. Dejarse animar por la Iglesia. Espiritualidad y DSI.

Para enriquecer el encuentro con Cristo y hacer nuestro el camino de la espiritualidad de la solidaridad, la Iglesia nos acompaña y nutre con su enseñanza social (DSI). Con ella no quiere simplemente darnos instrucciones o estrategias para el compromiso social. Lo que busca más hondamente es “la fidelidad en la imitación del Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra”⁶⁷.

Muchos son, por lo tanto, los frutos de un contacto permanente con esta enseñanza:

- Nos pone cara a cara con la realidad que es el lugar donde se hace vida la Solidaridad, ofreciéndonos principios y criterios de cómo vivir la Solidaridad en la complejidad de la sociedad que nos toca vivir. Junto con la lectura asidua de la Palabra, en la DSI encontramos elementos para discernir la realidad, procurando ver en ella los signos de la presencia o ausencia de Dios.

⁶³ DA, 393.

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ Ibid, 394.

⁶⁶ Ibid, 246ss.

⁶⁷ Ibid, 372.

- Tiene como horizonte la plenitud del Reinado de Dios y nos ayuda para que nuestra acción solidaria vaya realizando desde ya la plenitud del amor del Reinado de Dios. En este sentido, nos enseña a mirar con esperanza el porvenir y a buscar el Bien Común con una metodología de trabajo en redes, que incluya a toda la comunidad social
- Busca la plenitud del Hombre y la Mujer y nos anima para que en cada gesto solidario esta plenitud se vaya haciendo más real.
- Recoge la reflexión de toda la comunidad eclesial, la cual, a través del Magisterio Eclesial, es ofrecida a todos como una rica reflexión teológica y cristológica que ayude a fundamentar nuestra acción solidaria.

Consciente de la importancia de la Doctrina Social de la Iglesia ¿A través de qué medios puedo conocerla mejor? Si conozco elementos de esta enseñanza, ¿cómo puedo incorporarlos a mi práctica cristiana?

8.3. Lectura creyente de la realidad.

La espiritualidad de la solidaridad necesita ser alimentada por un discernimiento permanentemente de la realidad para “descubrir la presencia y la morada del Señor en las circunstancias, a veces complejas, de nuestro tiempo.”⁶⁸ Esto requiere una permanente mirada crítica hacia la realidad. Una mirada que no es neutra, sino que se hace desde la perspectiva de la fe. Por lo tanto, es desde la experiencia creyente que nos sentimos interpelados a discernir los “signos de los tiempos”, a la luz del Espíritu Santo, para ponernos al servicio del Reino, anunciado por Jesús, que vino para que todos tengan vida y “para que la tengan en plenitud (Jn 10, 10)”.⁶⁹

Este discernimiento se enriquece y tiene garantías de eficacia cuando se realiza en comunidad. En ella encontramos las herramientas y los espacios apropiados para que la lectura de la realidad nos lleve a resultados adecuados.

Para llevar a cabo esta labor de discernimiento, la Iglesia ha venido utilizando con éxito el método Ver, Juzgar, Actuar. “Este método nos permite articular, de modo sistemático, la perspectiva creyente de ver la realidad; la asunción de criterios que provienen de la fe y de la razón para su discernimiento y valoración con sentido crítico; y, en consecuencia, la proyección del actuar como discípulos misioneros de Jesucristo. La adhesión creyente, gozosa y confiada en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y la inserción eclesial, son presupuestos indispensables que garantizan la eficacia de este método”.⁷⁰

⁶⁸ OOPP, 31.

⁶⁹ DA, 33.

⁷⁰ DA, 19. Una exposición más acabada del Método se encuentra en el Módulo de Pastoral Social, del Plan de Formación para Laicos de la Arquidiócesis de Santiago.

Se trata de “contemplar a Dios con los ojos de la fe a través de su Palabra revelada y el contacto vivificante de los Sacramentos, a fin de que, en la vida cotidiana, veamos la realidad que nos circunda a la luz de su providencia, la juzguemos según Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, y actuemos desde la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación, en la propagación del reino de Dios, que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el Cielo.”⁷¹

Este método será mucho más fructífero, en la medida en que incorpore los elementos del diálogo, la participación de todos y todas, el aporte del trabajo comunitario, la consideración de la realidad, etc.

8.4. En-redándonos con otros y otras.⁷²

Del encuentro con Cristo brota una espiritualidad que nos lleva por los caminos de la fraternidad, de reconocernos hijos e hijas de Dios y hermanos de las demás personas. Esto hace que vivamos en la convicción de que la realización de la sociedad que Dios quiere, necesita una verdadera cultura de redes en torno a la solidaridad, capaz de estimular una relación de colaboración entre las personas para la promoción de todos y cada uno en el contexto de una convivencia comunitaria. Se trata de un dinamismo interior que se expresa en el intercambio de ideas, propuestas, colaboraciones, y mutuos enriquecimientos, entre quienes trabajan por el bien común. Cada día tomamos mayor conciencia de que no es plena la acción solidaria individual. La vivencia de la caridad se enriquece cuando se realiza en conjunto, de manera organizada. La caridad exige una práctica de este tipo, tanto que, de no hacerla suya, se empobrece. Es necesario pasar entonces de la solidaridad individual a la comunitaria. Son tantas y tan complejas las situaciones de pobreza, que requieren de estrategias de acción que siempre serán más fructíferas si brotan de una comunidad. Sólo así hay garantías de que sea una labor organizada, programada, participativa.⁷³

Cuando la persona esta animada por el deseo de generar un tipo así de redes, está expresando en los hechos lo que se ha llamado *espiritualidad de comunión*. Esta dimensión de la espiritualidad se expresa en un trato cercano y familiar, que actúa promoviendo el diálogo en todos los espacios, sumando a los diferentes actores sociales y religiosos para trabajar en conjunto por un mundo

⁷¹ DA, 19.

⁷² El tema de la vida comunitaria y las consecuencias para la práctica de la acción solidaria, se aborda con mayor detalle en el Módulo de Pastoral Social, Capítulo 3.5. “El Espíritu del Señor está sobre nosotros. La comunidad anuncia el Reino”, del Plan de Formación para Laicos de la Arquidiócesis de Santiago.

⁷³ Benedicto XVI, *Deus caritas est*. 20: “El amor necesita también una organización, como presupuesto para un servicio comunitario ordenado. La Iglesia ha sido consciente de que esta tarea ha tenido una importancia constitutiva para ella desde sus comienzos”.

más justo, reconciliado y solidario. Nuestros pastores en las Orientaciones Pastorales 2008-2012 dirán: “Esto debiese llevar a formar una comunidad corresponsable en la misión, capaz de gestar redes evangelizadoras y sociales de mutua colaboración”.⁷⁴

La espiritualidad de comunión se caracteriza por ser abierta, dialogante, convocante. Un movimiento capaz de poner, por sobre las posibles diferencias, la riqueza de un trabajo que se hace compartido en la búsqueda del bienestar de todos y todas. Es una espiritualidad creativa, que recrea métodos participativos a través de los cuales fortalece los lazos y colabora para estructurar de mejor forma a todos los actores, incluso a los que no pertenecen a la comunidad eclesial, porque su preocupación más honda es hacer efectivos y eficaces los procesos de promoción social y de solidaridad. El creyente hará entonces un esfuerzo por conocer, crear y animar redes de promoción en todas las esferas posibles, ya que así ha entendido la metodología que brota de la propia espiritualidad de Jesús.

8.5. “Vete y haz tú lo mismo”.

“La solidaridad no es un sentimiento superficial y vago por los males que sufren tantas personas cercanas y lejanas. Al contrario, es la determinación firme y perseverante de trabajar por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos de verdad responsables de todos” (Juan Pablo II, Sollicitudo Rei Socialis, n° 38).

Las actitudes cristianas de quienes practican el servicio a los demás están magistralmente retratadas por Jesús en la figura del Buen Samaritano (Lc 10,29-37). Donde inmediatamente descubrimos que ser “hermano de los demás” no es algo automático, ni tan natural como quisiéramos. Es necesario *hacerse* hermano.

El relato de Lucas 10,29-37 nos enseña a:

- **Salir de sí mismo.** El samaritano abandona su camino, cruza la calle para acercarse al otro que está sufriendo. Sale de lo suyo para ir donde el otro. La misericordia nos desplaza, nos moviliza, nos descentra de nuestro propio eje, por tanto la solidaridad cristiana nos lleva a abandonar nuestro propio centro, dejar nuestros propios egoísmos y pensar en el otro en cuanto ser humano doliente.

¿Hacia dónde tengo que moverme para vivir la misericordia? ¿Qué elementos de mí mismo me tienen “atrapado” en el egoísmo y no me dejan ver a quien está a mi lado?

⁷⁴ OO.PP., 68.

- **Acercarse al dolor del otro(a).** El samaritano deja su camino porque vio el dolor del otro, porque se conmovió e hizo suyo el dolor ajeno. Nada hay más opuesto a la vida del cristiano que pensar que el sufrimiento del otro es problema de él y que por algo estará sufriendo. En la perspectiva cristiana el dolor del otro es parte mío, no me es algo ajeno⁷⁵. El dolor del otro me moviliza, me acerca a él, no me produce rechazo. Esta es una virtud profunda de la misericordia cristiana. En una cultura en donde se busca evitar el dolor a toda costa los cristianos nos acercamos a él. En una cultura en donde huimos del dolor, los cristianos creemos que el dolor puede tener sentido en Cristo. No quiere decir que “nos guste el dolor”, ni el “sufrir por sufrir”. Significa que reconocemos en el dolor un espacio que puede abrirnos a la trascendencia y, si es fruto de una injusticia, un hecho que estamos llamados a liberar. El dolor humano es instancia de salvación. Nada hay más sanador, en esta perspectiva, que el amor del otro.

¿Qué dolores ajenos podría visualizar? ¿A cuales de ellos podría acercarme con una actitud acogedora y amorosa?

- **Hacerse cargo del otro(a).** El samaritano toma al herido y lo carga, lo lleva a recuperarse, busca la forma de paliar su dolor y su abandono. La misericordia nos pone junto al otro y nos lleva a realizar acciones concretas que hagan superar su dolor, no sólo a acompañar en el dolor, sino sobre todo, a sanar el dolor. El Samaritano no sólo cura las heridas, sino que lo lleva ante el posadero para que lo cuide hasta que esté en condiciones de valerse por sí mismo. Es decir, no sólo asiste al herido, sino que lo reincorpora, lo vuelve a poner en pie, lo *promociona*.

¿Qué acciones concretas creo posibles de realizar para vivir esta fraternidad?
¿Cómo puedo pasar del asistencialismo a una labor que, además, promocióne, vuelva a poner de pie?

- **Amar a todos los hombres y mujeres en su dignidad de personas.** El samaritano practicó la misericordia sin mirar quién era el otro. No preguntó ni de dónde era, ni qué religión profesa, ni siquiera por qué estaba en esa situación. La solidaridad cristiana no busca que el otro cumpla méritos para acercarse y para amar a quien está viviendo el dolor. La solidaridad ve al otro en su dignidad más profunda, ve su condición de hijo e hija de Dios. Vivimos una cultura de sospechas y desconfianza, donde es frecuente mirarnos con ojos prejuiciados o, a lo menos, inquisitivos. La solidaridad cristiana nos sitúa al otro lado de la calle: busca hacernos hermanos de todos(as). Este proceso de encuentro, de hacernos parte del otro, de hermanamiento, es ya la vivencia del Reino en el presente.

⁷⁵ Sabemos que los samaritanos eran odiados y excluidos por los judíos. Quizás por esa misma razón, él solidariza con el herido, a quienes otros han visto sin atender, porque él mismo es un excluido y un invisibilizado.

¿Qué prejuicios me impiden mirar con amor a las demás personas? ¿Cómo puedo colaborar para que en la sociedad se viva según los valores de la fraternidad cristiana?

No hay otro deseo que asumir en la propia vida los sentimientos que animaron a Cristo. Fuimos creados para eso, fuimos llamados para realizarlo. Nos confiamos a la gracia de Dios que siempre nos sobreabunda:

“Les daré un corazón nuevo. Infundiré en ustedes un espíritu nuevo. Les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne... Ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios” (Ez 26,26.28b)

En síntesis:

- Nuestra identidad espiritual sólo encuentra alimento y fundamento en una relación personal y comunitaria con el Señor. Él nos llamó y nosotros hemos querido seguirlo, haciendo nuestras sus opciones, especialmente aquella que privilegia a los empobrecidos, para anunciar en la sociedad actual la buena noticia de Cristo.
- Para ello nos dejamos animar e iluminar por la Iglesia, que como Madre y Maestra nos enseña y acompaña en el discernimiento cristiano a través de la DSI.
- En la comunidad eclesial hacemos entonces una lectura creyente de la realidad que nos permita discernir los signos de los tiempos, a la luz del Espíritu Santo, para anunciar con renovadas fuerzas y creativos métodos que el Reinado de Dios ha llegado y trabajar para que todos y todas puedan descubrirlo.
- Este es un esfuerzo que se hace entre muchos. Por ello nuestra espiritualidad es esencialmente de *comunión*. Busca *en-redarse*, sumando a los diferentes actores sociales y religiosos para trabajar en conjunto por un mundo más justo, reconciliado y solidario.
- Estos elementos nos ayudan a asumir, en el día a día, el llamado que hiciera Jesús al maestro de la ley: “Vete y haz tú lo mismo”, para ser nuevos(as) samaritano(as) que, solidarizándose con los heridos de hoy, sepamos salir de nosotros mismos, acercarnos a su dolor, hacernos cargo de ellos y disponer de lo necesario para que recobre la dignidad humana que ha perdido. Con esto, adelantamos el momento definitivo en que Dios mismo enjague las lágrimas de sus ojos y no haya ya “muerte, ni luto ni llanto, ni dolor, porque todo lo antiguo ha desaparecido” (cf. Ap. 21,4).